

L
C864
U762D
1974

EJ.4

Dr. MANUEL URIBE A.

DISCURSOS Y PAGINAS HISTORICAS

26

COLECCION "ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA"

Dr. Manuel Uribe Angel

Discursos y Páginas Historicas

26

Homenaje al primer Presidente de La Academia,
en el 70º aniversario de su muerte y con motivo
del "VII Congreso Nal. de Historia de Medellín".

COLECCION "ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA"

C864

U767D

EJ. 4

1974

PROLOGO

Con motivo del "VII Congreso Nacional de Historia" reunido en Medellín, del 14 al 17 de junio de 1974, para conmemorar los setenta años de Fundación de "La Academia Antioqueña de Historia" y otros tantos de la muerte del Dr. Manuel Uribe Angel, su primer Presidente y confundador, se publican algunos "Discursos y Páginas Históricas" de éste insigne antioqueño.

Luis Eduardo Villegas, en un esbozo biográfico del Dr. Uribe Angel escribió: "El Dr. Manuel Angel es uno de esos trabajadores silenciosos del bien social. No ha deshecho reputaciones; ha curado llagas. No ha ganado batallas en nuestras luchas intestinas; ha combatido errores. No ha derribado gobiernos; ha levantado la humanidad, dignificándola. No se numeran sus victorias por los torrentes de sangre humana que haya hecho verter; numéranse por las acerbis lágrimas que ha enjugado. Ni el arreo deslumbrador del militar, ni la llena antesala del gobernante, ni la envidiable tarea del político que vence y priva; nada de lo que a tanta gente huera seduce, lo adorna, busca, ni sigue. El hogar apacible en que la esposa aviva adentro el fuego del amor y de la dicha y el mendigo aguarda a la puerta segura limosna; el trabajo en sus mas rudas y nobles manifestaciones; el gabinete de estudio; la cátedra en que se indaga y enseña con tesón la verdad; los hospitales; la escondida choza en que la miseria pide pan, medicinas y consuelos; tal es el terreno en que debemos seguir al Dr. Uribe Angel. Hay en él

Donación 13 OCT. 1981 Josefina Parra

13853

algo de Hugo, bastante de Franklin, mucho de San Vicente Paúl."

Nació en Envigado el 4 de septiembre de 1822 y fueron sus padres José M^o Uribe Arango y María Josefa Angel Uribe. Las primeras letras las aprendió con D. Alejo Escobar. Estudió después en Santa Fe de Antioquia en el Colegio San Fernando. En 1836 siguió a Bogotá con el objeto de emprender la carrera literaria y se matriculó en el Colegio Mayor de N. S. del Rosario bajo el amparo y dirección del Dr. José Duque Gómez, de su hermano Wenceslado Uribe Angel y de su tío Pedro Uribe Arango. En 1836 y en los tres que siguieron cursó latinidad y lo que se apellidaba filosofía. Comenzó en 1840 estudios de Medicina y al fin de 1844, después de brillante certamen, recibió el título de Dr. en Medicina y Cirugía por la Universidad Central. Restituyóse a Antioquia a fines de 1844 y permaneció allí hasta mediados de 1845. En los postreros meses de éste, verificó un viaje al Ecuador, permaneció en Quito hasta 1847 y se trasladó luego al Perú. Al terminar este año volvió al Ecuador. Sosegó su vida de viajero, demorándose en Ibarra hasta mediados de 1848, época en la cual se trasladó a Quito, donde vivió hasta 1849. De la Universidad Ecuatoriana recibió el honorífico título de Dr. en Medicina y Cirugía. A fines de 1849 emprendió viaje a los EE. UU. en 1850 se trasladó a París ciudad en la que vivió ese año y los dos siguientes.

Vuelto a Antioquia, casó en 1853 con la Srta. Magdalena Urreta, de la cual no tuvo hijos, pero a tal laguna de la naturaleza ocurrió él criando y educando varios sobrinos. La vida de casado lo retuvo hasta 1862 en el Estado natal. En ese año pasó a Bogotá, de donde regresó en 1863. Con motivo de ese viaje, escribió,

“Recuerdo en un Viaje de Medellín a Bogotá”, en estilo apistolar, publicado por él en “Boletín de Historia y Antigüedades” del cual reproducimos en este folleto, algunos apartes. Lo contenido en esas cartas es principalmente consejos de bien vivir, alusiones históricas, descripción, etc.

El mismo dice al respecto: “no conozco más que un sólo hombre que haya tenido la feliz idea de escribir observaciones de viaje por Antioquia y es el Sr. Juan F. Ortiz. El Sr. de Boussingault había escrito antes y hecho observaciones sobre Antioquia”.

En 1875 hizo viaje por segunda vez a EE. UU. y visitó a Méjico y las Antillas. En 1876 estaba nuevamente en Medellín y fue testigo de la revolución conservadora que asoló al país en ese año y el siguiente. En 1880 fue a Panamá, comisionado por el Gobierno de Antioquia a representar el Estado en la inauguración de los trabajos del Canal.

En 1882 pasó a Bogotá con el objeto de desempeñar el cargo de Senador por Antioquia en el Congreso Federal.

EL MEDICO Y EL ESCRITOR.

Su actividad permanente fue la Medicina. Sus viajes fueron de estudio, de recreo y de negocios.

Estudioso, investigador, escarbador de archivos, lector infatigable, observador minucioso, pudo escribir después obras de gran aliento, aun hoy en día, y para su época verdaderamente admirables que le merecieron el nombre de sabio. Sus obras geográficas é históricas son hoy consultadas. Publicó en París en 1885 la obra **“Compendio Histórico de Antioquia en la República**

de Colombia" En ese mismo año publicó allí su más notable obra, extensa y estupenda: "Geografía General del Estado de Antioquia".

Sobre Antioquia dice: "algunos piensan que los indios eran en corto número en Antioquia al tiempo de la conquista, y por esto hay tan pocos aborígenes en su territorio y la raza es blanca. Yo que he tenido la paciencia de estudiar nuestra historia con un poco de atención, no explico el fenómeno de la misma manera y atribuyo esto más bien a la actividad sanguinaria del conquistador".

Sobre la obra extensa "Geografía del Estado de Antioquia" dice Eduardo Zuleta: "no fue apreciada porque el pueblo no estaba preparado para comprender su importancia lo que puso a su autor al borde de la ruina económica". Su amor a Antioquia lo demostró así: visitó casi todo su territorio, cruzó sus ríos, vio sus pueblos y sus chozas, entró a los socavones; recorrió valles, montañas y selvas. Cuando regresó de Cimitarra dijo: "no se imaginó Buffon la variedad y belleza de los pájaros de este territorio". En 1885 editó, también en París, el Mapa de Antioquia correspondiente a la época de la Colonia. Fue él quien dividió a los aborígenes antioqueños en Catíos, entre el Cauca y el Atrato, Mutabes, entre el Cauca y Porce y Tahamies entre el Porce y el Magdalena.

Fue uno de los pocos hombres universales de su época y casi el único. Vives Guerra atestigua, que, aún como humanista, pues escribió cuentos, narraciones, leyendas y recitaba trozos de Virgilio y Ovidio en Latín; de Homero en griego; de Gothe en alemán, de Byron en inglés y de Bossuet en francés.

Luis E. Villegas dijo de él: "Rasgo brillantísimo

en la fisonomía intelectual del Dr. Uribe Angel es la flexibilidad de su inteligencia. Deja empezado un cuento para escribir un capítulo de geografía; interrumpe el capítulo de geografía para darse a una disquisición histórica; trunca la disquisición histórica para extender una receta; extiende la receta y torna a continuar un cuento o un artículo de costumbres patrias. Agréguese a esto, inteligencia clarísima, memoria sobre modo feliz y resistencia para el trabajo como hay pocas: trabajar diez y ocho horas durante muchos días, es cosa común en él".

De carácter literario escribió: **"El Gallo, El Bien cae de arriba, Bolívar poeta, El Caimán, La Serrana, y "Un obispado por un gorro de dormir"**, que tenemos el gusto de ofrecer al lector en este folleto. inédito hasta ahora. Escribió también: **"Biografía de Alvaro de Oyón", "Biografía de Francisco Pizarro, "Biografía de Cristóbal Colón"**, que es parte de un folleto publicado en la Imprenta del Departamento en 1892 con el título **"Colón - América - Medellín"**. En este folleto hemos reproducido la última parte.

Luis E. Villegas, a quien hemos seguido en este esbozo biográfico escribe, del dón de la palabra que tuvo: "el dón supremo en el insigne ciudadano Uribe Angel es la elocuencia; éslo en la cátedra, éslo en la tribuna. Se apodera del confabulante y lo seduce; se apodera del escolar y lo domina; se apodera del oyente y lo subyuga. Las palabras salen de su boca como soldados de un ejército disciplinado; cada cual ocupa el puesto que le corresponde. Cuando oímos las primeras veces a Uribe Angel en conversación privada, nos pareció que sus frases eran preparadas con anterioridad. Un íntimo y largo trato con él nos ha convencido de que la envidiable verbosidad de nuestro amigo es

dáviva preciosísima de la naturaleza". Aquí reproducimos 2 Discursos famosos: el que pronunció cuando el Bicentenario de la erección de Medellín en Villa y el pronunciado por él al dar la última campanada el reloj de la Catedral de Medellín, el 31 de diciembre de 1899 para saludar el siglo XX.

Luis E. Villegas, al describir el físico de Uribe Angel dice: "Concentrado y de recia complexión, deja conocer que ha jugado tanto con los músculos como con el cerebro, estudia con entusiasmo, trabaja sin pereza y da vado a sus deberes con ánimo sereno. Estatura regular; blanca y limpia tez, anuncio de muy noble estirpe y frente amplia; ojos garzos y desteñidos que penetran los objetos y denuncian un investigador; nariz correcta; boca pequeña en cuyos cortes rígidos se descubren atrevimiento y energía moral; barba saliente, pecho mediano; remos cortos; manos de dama. Es hombre hermoso, no con esa hermosura que tira al afeminamiento, sino con la belleza varonil que tanta dignidad imprime al rostro humano. Como médico tenemos que decir que cuantos lo conocen dicen que es eximio. Los que lo juzgamos como pacientes, decimos que cura con asombrosa facilidad y que cura de cuerpo y alma. Su simple llegada produce mejoría y de su boca comienzan a salir frases de consuelo que si la enfermedad no permite ser curada, el enfermo en cambio espera el desenlace confiado y ya sin temor. No le importa levantarse muchas veces en la noche para salir a visitar enfermos. Y si el paciente no tiene con qué pagarle no sólo no le cobra sino que le da con qué costearse las drogas. "Espiritualmente es cristiano, tomando esta voz en su sentido aquilatado. Su sistema religioso arranca de la austeridad y se sustenta en el respeto a si mismo y el amor al prójimo, así como su sistema moral arranca de la tolerancia y se sostiene por

el mutuo servicio y la convivencia recíproca. Estima que de la libertad bien entendida y practicada surgen el pan y la luz. Opina que el Gobierno que no cumple con la obligación de instruir, no tiene derecho de castigar y que abrir en abundancia escuelas es cerrar las entradas de los presidios. Sólo una libertad suprime: la de hacer daño al prójimo y sólo permite que se cohiba al ciudadano en un caso; para hacer el bien de la sociedad y quiere también que se eliminen dos derechos: el de ser bruto y el de ser pícaro”.

Si el Dr. Uribe Angel hubiera tomado parte activa en la política, habría rayado muy en alto, con los más notables hombre de la Patria.

En Envigado, su patria de nacimiento, cuando el viajero entra a su Plaza principal, inmediatamente se extasia al contemplar la blancura de las torres del Templo de Sta. Gertrudis, de estilo precioso, elegante y que elevan el espíritu a célicas alturas. Penetra ese recinto y admira todavía más la excelsa perfección de su Altar central tallado en finísima madera, con maestría ejemplar. Pues es preciso recordar que durante 20 años el Dr. Uribe Angel, con Luis M^a Villegas dirigió la construcción de esa fábrica admirable y admirada y fue su celoso tesorero. De su gusto da buena cuenta el haber abierto concurso para la obra del Altar Mayor y el Púlpito y finalmente haber quedado encomendado a Alejo Vieco y Rosendo Muñoz.

De tal manera se apoderó del cariño de los antioqueños, que por muchas ocasiones recibió homenajes públicos, como el famosísimo organizado al cumplir los 80 años, en el atrio de la actual Basílica de La Candelaria. Todos los gremios, organizaciones y entidades notables de Medellín desfilaron ante el “Anciano Blan-

co" pues había sido miembro nato de toda sociedad que se formaba en Medellín para cuestiones científicas, culturales, de beneficencia o caridad. Como buena parte de sus rentas pasaba a los necesitados, por el camino de la limosna oculta y sin ostentación; como recetaba con tanto gusto a los pobres que nada le pagaban y a quienes donaba con qué comprarse drogas, como a los muy ricos que le pagaban abundantemente su actividad; como era optimista y nunca creía perdida la sociedad sino que animaba a luchar por cambiarla y educarla; como aún en personas ruines gustaba de buscar algo positivo para darles la mano y levantarlas, alcanzó a ser el Ciudadano más querido y admirado.

El 21 de marzo de 1903 fue notificado de que "La Academia Colombiana de Historia le había hecho el honor de nombrarlo Correspondiente, poco después de haber sido fundada. Así dictó su agradecimiento, (estaba ciego) a la Academia: "Ud. Sr. Secretario me dice que la honorable Academia, por voto unánime y contenido a bien nombrarme correspondiente para el Departamento de Antioquia. En su nota agrega que la Academia me ha honrado con tal nombramiento atendiendo a mi patriotismo y el entusiasmo con que he mirado siempre el adelanto de Colombia y que en tal virtud se espera que mi nombre ocupará alto puesto entre los obreros que dedican su labor al cultivo imparcial de la historia patria.

"Ha de saber Ud., Sr. Secretario, que por efecto de mi avanzada edad y de mis enfermedades habituales, mi poca inteligencia se ha debilitado mucho. Yo no veo para leer y compulsar documentos; no puedo escribir para redactar bien y por tanto desconfío mucho de poder ser útil a esa ilustre Academia. Haré, sin

embargo, todos los esfuerzos posibles a fin de corresponder, siquiera sea en parte, a la muy elevada distinción con que me ha favorecido”.

El 3 de diciembre de 1903, a virtud de autorización acordada por la Academia Nacional de Historia de Colombia, aprobada por el Ministro de Instrucción Pública y transmitida a los miembros correspondientes de dicha corporación en el Departamento de Antioquia, y a las dos de la tarde, en la casa del Dr. Manuel Uribe Angel, que se doblaba ya por el peso de sus méritos, hizo **La Academia Antioqueña de Historia su primera reunión**, en la cual fue nombrado por unanimidad primer Presidente el mismo Dr. Uribe Anbel.

Se tuvieron en cuenta sus merecimientos y fue ese nombramiento homenaje al anciano, para que disfrutara de un estímulo en su lecho de enfermo. Hacía casi diez años estaba ciego.

SU MUERTE.

El 16 de junio de 1904 a la una de la mañana, murió en Medellín al acercarse a los 82 años. De acuerdo con la prensa y lo consignado por E. Gómez Barrientos, fueron innumerables los carteles que se publicaron para invitar a sus exequias; más de 230 coronas y la Catedral no alcanzó a contener el público que asistió. Fueron presididas las exequias por el Arzobispo de Medellín, Joaquín Pardo Vergara.

Sobre sus últimos años escribió E. Gómez B.: “el filósofo cristiano no permaneció ocioso durante los diez años últimos de su activa existencia: entonces, viéndose privado de la vista y reducido a la vida de retiro, se preparó para el viaje de ultratumba con la asidua meditación de la Biblia y de otros libros religiosos, que

escuchaba ya leídos por otros y acrecentando su amor a Jesucristo con la práctica frecuente de los santos Sacramentos. Por disposición cuya, su cadáver tuvo por mortaja el sayal de los religiosos Carmelitas y sobre el pecho, a modo de escudo, el Crucifijo. Sorprendente fue siempre, hallarlo hasta el final de su vida poseedor de sus vigorosas facultades intelectuales y fiel observante del aseo y la pulcritud.

El 16 de junio, a las diez de la mañana, se reunió **“La Academia Antioqueña de Historia**, diez horas después de la muerte de su Presidente Dr. Manuel Uribe Angel, nombró Presidente interino al Dr. Clodomiro Ramírez y aprobó unánimemente la proposición siguiente: **“La Academia Antioqueña de Historia Nacional lamenta el fallecimiento de su insigne fundador y Presidente Dr. Manuel Uribe Angel, como desgracia que la hiere directa y hondamente, la priva de su más docto y autorizado colaborador y rompe una de las más cuerdas, brillantes y poderosas plumas de historiador que en Colombia han existido. La Academia invitará en su nombre a los funerales del Dr. Uribe Angel, asistirá a ellos en comunidad y designará uno de sus miembros para que en ese acto lleve por ella la palabra. El Dr. Benjamín Tejada Córdoba fue elegido para hablar a nombre de La Academia en los funerales y el Dr. Clodomiro Ramírez y José M^a Mesa Jaramillo para presentar a la Sr. Margarita Urreta de Uribe, la proposición.**

La Academia Colombiana de Historia en el Acta del 1º de julio de 1904 aprobó por unanimidad este Acuerdo: **“La Academia Colombiana de Historia Nacional lamenta con intenso dolor la muerte del Dr. Uribe Angel Era él uno de los hombres más ilustres**

del país por sus virtudes y ciencia y deben a su pluma infatigable valiosos servicios la geografía y la historia”.

Los restos de tan eximio antioqueño reposan en un Monumento del Cementerio de San Pedro de Medellín, cerca al atrio de la Capilla sin más adorno sobre su tumba que un Mapa de Antioquia en alto relieve y su nombre Manuel Uribe Angel. Recordar los méritos y las obras de un personaje desaparecido hace setenta años del escenario de los vivos, a quien los lectores nunca vieron, ni oyeron y cuando su muerte ni asombra ya ni puede conmover, sirve para tener en cuenta ese modelo e imitarlo en el amor a la patria, a la religión católica, a la libertad y a la historia, a los desvalidos y a los pobres.

Con gran regocijo y con motivo de la celebración del “VII Congreso Nacional de Historia”, presento este sencillo homenaje, **“Discursos y Páginas Históricas de Manuel Uribe Angel”**, a quienes saben estimar los esfuerzos que esta actividad exige y a los dilectos historiadores que han venido de diversas ciudades del país, como Delegados.

Jaime Serna Gómez, Presidente de “La Academia Antioqueña de Historia”.

FIN DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Discurso del Dr. Manuel Uribe Angel en Medellín, al sonar las doce de la noche del día 31 de diciembre de 1899 y comenzar el primero de enero de 1900.

Hoy se han despedido del siglo XIX todos los habitantes del globo y han saludado, con acariciadoras esperanzas al siglo XX. Si: con acariciadoras esperanzas; porque todo alborear es fresco y sonriente, siquiera le sigan a veces un medio día de sofocación infernal, una tarde tempestuosa y una noche cuajada de tinieblas. Bendigamos a Dios que hermosea y cubre siempre lo futuro con el polvo de oro de las esperanzas!!!!

En adelante dirán libremente los hombres, al tratar del siglo que se ha llamado a si mismo "de las luces", cuanto sobre él se les ocurra; y acaso oigamos frecuentes especies que no favorezcan a quien, si fue egregio en muchas cosas, pecó de soberbio en los calificativos que se apropiaba.

Pensemos que no es dado, ni á un historiador, por sagaz que sea, exponer justamente lo que fue la centuria que acaba de morir. Ya Heródoto enseñó que "no se deben escribir los anales del mundo, ni muy cerca de los sucesos ocurridos, ni muy

lejos; porque en el primer caso influyen las pasiones, vivas todavía, que perturban el juicio, y en el segundo obra el olvido, que borra y reduce a nada los acontecimientos.”

Repetimos que un juicio exacto sobre el siglo XIX se escapa actualmente á la penetración de todo humanista, por profundo que se le considere, y opinamos también que no será sino por allá en el XXII cuando los pensadores puedan medir con exactitud la importancia de los acontecimientos cumplidos en el siglo XIX. Por ahora podemos decir tan solo que la labor espiritual, en los cien años postreros, ha sido de máxima importancia; que las ciencias físicas han progresado prodigiosamente, y que en casi todos los demás ramos del saber se han obtenido considerables ensanchamientos.

En la primera mitad del siglo XIX el hombre iluminó la tierra con el gas de la hulla, y en la segunda la alumbró con el flúido eléctrico. Aún no satisfecho con tanta luz, ha descubierto el rayo X, maravilla que pasma hoy al mundo entero. En el mismo tracto secular se enriqueció la industria con el empuje incontrastable que ofrece las expansiones del vapor, y las máquinas, desde la locomotora que arrastra una cincuentena de carros, hasta el más modesto telar, obedecen humildemen-

te á esta fuerza avasalladora, con incalculable provecho para la especie humana.

El telégrafo y el teléfono, que dan las alas del rayo á la palabra; el fonógrafo, que la fija indefinidamente, con el tono, timbre y modulaciones especiales de la voz, tornando en perpetuo lo fugaz; el daguerrotipo y la fotografía, que han logrado esclavizar la luz; el microbio, detenido por Pasteur en su invisible y pavorosa faena de destruir el organismo animal... Pero desistimos de seguir la enumeración; pues sería tarea inacabable el indicar una por una todas las conquistas del espíritu humano en el ciclo que acaba de cerrarse. Nosotros no tenemos la audacia ni mucho menos la fortaleza intelectual que se requieren para examinarlas todas, ni para graduar sus efectos en la civilización, y por eso pasamos á decir, en estilo sencillo, lo que se nos antoja sobre el asunto que nos ha puesto la pluma en la mano,

Indudable es que el siglo XIX resolvió muchos y muy arduos problemas sociológicos; pero también es indudable que dejó simplemente planteados algunos de los más complejos y graves. Ellos habrán de ser satisfactoriamente resueltos en este siglo y en los que sigan; pues nosotros creemos que la humanidad, no obstante sus frecuentes tropiezos é increíbles caídas, mira siempre á lo alto y va siempre adelante.

En nuestro sentir, si es exacto que la familia humana avanza, á veces con pasos de gigante, también es cierto que ha distado mucho, hasta ahora, de venir con la armonía y equidad deseable. ¿Dónde hallará esa armonía y esa equidad? Sin vacilación alguna declaramos que en la doctrina de Cristo, rectamente entendida y estrictamente aplicada. Sí: el día en que las diez páginas á que pueden reducirse las enseñanzas de Jesús imperen en todas las almas y rijan en todas las conexiones sociales, la concordia efectiva y el verdadero perfeccionamiento moral serán un hecho; la acción de las cárceles, los presidios, los verdugos, los fusiles y los cañones, apenas será necesaria, y podrá exclamarse, sin mentira ni hipérbole, imitando á un gran poeta, que "esto, ó sea el amor bien entendido de uno á sí mismo y el amor al prójimo, ha matado á aquello, ó sea á la soberbia, al delito, á la tiranía á la guerra y á la barbarie".

El Illmo. Sr. Obispo de Medellín, Dr. Joaquín Pardo Vergara, acaba de indicar al público antioqueño la conveniencia de construir un monumento dedicado al **Salvador del Mundo**, por los beneficios que ha recibido el orbe cristiano durante los últimos cien años, y nosotros aplaudimos la idea; pues nos parece noble por el intento y grande en su ejecución. Sabemos que el propósito en general corre bajo el patrocinio de

León XIII, uno de los Papas que han ocupado con más brillo la silla de San Pedro.

A breve distancia de la capital antioqueña, y en dirección Sudeste, se eleva pintoresca colina, que parece haber sido puesta allí para la coronación de la feliz empresa á que se refiere el epígrafe de este opúsculo. Allí se erigirá el monumento.

Desde la parte más alta de la serrezuela conocida con el nombre de las Cruces, se dominan con la vista el delicioso valle y la ciudad de Medellín. De la base de la mencionada colina y en el punto en que muere la serrezuela, arranca, para ir al Ocaso, un plano levemente inclinado, que remata en la margen derecha del Aburrá, corriente que fecunda y refresca la comarca en que vivimos. La ciudad demora en el suave plano de que hablamos, yendo del Puente de Guayaquil, al Sur, hasta la ceja de los Bermejales, al Norte.

Elegido aquel paraje para la obra, por los artistas que la llevarán á efecto, éstos han adoptado el siguiente plano:

El monumento tendrá de doce á catorce metros de altura, sobre una base proporcional, cuadrada, que se construirá con solidez, nivelando previamente el terreno.

El pedestal, de forma octágona, irá apoyado en cuatro pedestales subalternos, puestos frente á los lados del mayor, y que miran, en el mismo orden, á los cuatro puntos cardinales. El del Norte llevará la estatua simbólica de la Autoridad, con esta inscripción en latín: "Por ti gobernamos los Magistrados y expedimos leyes justas." El del Sur, donde se pondrá la estatua alegórica del Trabajo, ésta: "A ti venimos los que trabajamos." El del Oriente, donde irá la estatua simbólica de la Familia, ésta: "Hé aquí tu herencia: nuestros hijos." El del Occidente, donde se colocará una estatua representativa de la fuerza militar al servicio de la civilización, ésta: "Si tú no proteges la ciudad, inútilmente velamos los que la defendemos."

Cuatro lados del pedestal mayor darán respaldo á las cuatro estatuas descritas, y en las cuatro caras restantes, se leerán las siguientes inscripciones: En el lado fronterero á Medellín: "Al Rey de los Siglos, en testimonio de amor y fe, los fieles antioqueños del siglo XIX dedican este monumento al comenzar el siglo XX." En los otros tres lados, respectivamente: "Siendo León XIII Pontífice Máximo", "Siendo Obispo de Medellín Illmo. Sr. D. Joaquín Pardo Vergara", y "Siendo Gobernador el Sr. D. Abraham Moreno."

Sobre el pedestal mayor se levantará otro cuerpo, formado por cuatro escudos, á saber: el de León XIII, el del Sr. Obispo, el de la República y el de las Armas de Medellín, correspondientes todos ellos á sus respectivas inscripciones. Sobre este último cuerpo del edificio se colocará la imagen del Salvador, mirando hacia la ciudad y en actitud de protegerla.

El monumento irá rodeado por una fuerte y elegante verja de hierro, donde se colocarán focos eléctricos.

Se procurará que todo se haga de materiales antioqueños y con la industria del Departamento. No obstante hallarse en su infancia estética, el pueblo antioqueño cuenta ya algunos artistas aventajados. Las fundiciones de hierro pueden suministrar la verja necesaria para circunscribir el monumento. Tenemos lápices y pinceles capaces de ejecutar correctamente lo que al dibujo y á la pintura corresponda; grabadores entendidos que desempeñarán con limpieza lo que les toque, y arquitectos, peritos en las reglas del arte, que ejecutarán satisfactoriamente la parte principal de la obra. El taller de cerámica, en Caldas, hará bien los escudos del segundo cuerpo, y contamos con escultores tan notables, como lo son Montoya y Ramírez, que modelarán á maravilla la estatua del Salvador y las secundarias alegóricas.

No podremos lisonjearnos de alcanzar la perfección en el monumento; porque todo lo que comienza es débil, y nosotros, como Estado, estamos principiando. Pero sí creemos que, si la idea fuere coadyuvada con interés, saldremos lucidos. Ya se ha dicho que contamos con algunos artistas de mérito, y ahora añadimos que tenemos excelentes materiales, incluso mármol de diversas clases, que puede competir con el de las canteras griegas é italianas, en los ríos, Samaná del Norte, Iglesia y Pocuné.

Colombia padece hoy una balumba de calamidad; pues las guerras, singularmente las intestinas, engendran monstruosidades aterradoras. En medio de las convulsiones de la pasión bélica, desaparece la libertad, enmudece la prensa, se desconocen y vulneran los derechos originarios, se quebranta hondamente la propiedad, la justicia se cubre el rostro, la caridad desmaya, la industria se paraliza, el progreso huye, la sangre corre á ríos, el delito y la impunidad se yerguen con cinismo, la desesperación cunde, el porvenir se obscurece, la fe se pierde, y hasta la muerte, la misma muerte, se ve llegar no como tirana sino como libertadora. Para colmo de males, la carestía, la desnudez, el hambre y la peste, con su cortejo de usuras, de harapos, de semblantes escuálidos y de fallecimientos en grupo, sobrevienen y

ayudan á producir cuadros de horror apocalíptico.

Empero, terminará la guerra, como termina todo en el mundo, y tras ella vendrá la paz, que, cuando se apoya en la justicia, es panacea curadora de todas las dolencias sociales y de sus tristes efectos. Seamos claros: los individuos pueden morir hasta en la infancia; las sociedades nó; pues, por ley histórica que no marra jamás, las naciones no sucumben sino cuando, habiendo pasado por la infancia, la niñez, la juventud, la virilidad, la edad madura y la vejez, viene la decrepitud, que las postra.

Hemos recibido, acaso sin merecerlo, halagadoras pruebas de estimación y cariño, dadas por gran parte de nuestros compatriotas. A pesar de nuestro buen deseo, no hemos correspondido debidamente á los favores que se nos han otorgado; pero aprovechamos esta coyuntura para rendir, con un voto, el homenaje de nuestras gratitud á cuantos espontánea y generosamente nos han favorecido.

Si poséyemos virtudes bastante para esperar que las plegarias fervorosísimas que elevamos al Cielo por la felicidad de Colombia fuesen escuchadas, pediríamos con respecto á nuestra patria: duración perdurable para las creencias cristianas, de tal modo que en este país y por la sola excelencia de tales ideas, no se fundase un hogar,

se meciese una cuna ó se abriera un sepulcro, sino bajo el patrocinio de la religión que nos ufanamos en confesar; verdadera República, de la cual hemos tenido hambre, casi siempre, desde nuestra emancipación (digámoslo con la venia de todos los partidos políticos); paz larga y sólida, fundada en el recíproco respeto de gobernantes y gobernados; libertad, limitada únicamente, en el orden político y civil, por el derecho ajeno, y, en el orden moral, por el deber; erario abundante, limpiamente manejado, sin la lepra de la moneda fiduciaria; relaciones internacionales, sin quijotesca altiveces ni humillaciones desdorosas; suma cautela en el acometimiento de obras materiales, añadiendo que, una vez iniciadas, se lleven á cima con indomable tesón; relaciones equitativas entre el empresario y el obrero, desechando utopias y oyendo siempre á la equidad, y mucha administración con poco gobierno.

En el curso de nuestra yá larga vida no hemos apelado nunca á la generosidad de nuestros compatriotas, en obras de provecho y honra comunes, sin que hayamos obtenido un buen éxito, superior en mucho á nuestras aspiraciones. Convencidos hoy de que el monumento proyectado, fuera de ser obra de piedad, lo es de belleza, nos atrevemos á rogar á nuestros amigos que suministren, cada cual en la medida de sus posibles y lo más pronto que sea dable, los fondos que la realización de aquél exige.

UN GORRO DE DORMIR A CAMBIO DE UN OBISPADO

Escrito inédito del Dr. Manuel Uribe Angel,
que reposa en el archivo Arquidiocesano de Me-
dellín, Copia directa por el P. Javier Piedrahíta.

26 de agosto de 1902

Copia destinada por el autor a su venerado
amigo el Ilmo. Señor Arzobispo de la Arquidióce-
sis de Medellín Dr. Dn. Joaquín Pardo Vergara.

El Rey Felipe V de España fue francés de
nacimiento pero por alianzas matrimoniales, pri-
vó la casa francesa sobre la casa de Austria, que
había venido rigiendo los destinos de España des-
de el reinado de Don Carlos V Emperador y Rey
a un mismo tiempo.

Don Felipe V fue, por derecho hereditario,
el primer rey de la dinastía borbónica en la pe-
nínsula; pero como el cambio no sentase bien al
Emperador de Austria, entablóse cruda reyerta
entre el francés y el austríaco, a fin de ver a
quién pertenecía de derecho o de hecho la supre-
macía real sobre los pueblos ibéricos.

El de Borbón, apoyado en sus pretensiones por los legitimistas españoles y por la casa de Saboya, reclamó sus derechos, mientras que el Emperador reclamaba los suyos, siguiéndose de eso una serie de combates de mayor o menor importancia en que a veces era vencido Don Felipe con sus secuaces y en que en ocasiones era derrotado el Archiduque de Austria paladín que sostenía los pretendidos derechos de la casa real de Viena.

Madrid, Barcelona y otras importantes ciudades de la monarquía española fueron alternativamente tomadas por los defensores del Emperador y por los que seguían las banderas de Felipe V.

La acción austríaca y la acción francesa, al defender diversos derechos, dieron lugar a una revolución violenta en todo el territorio de la monarquía española, y aun se extendió la influencia de la contienda a las dependencias de los dominadores entonces de las Baleares, de Sicilia, de Cerdeña, de Marruecos y aun de las posesiones ultramarinas de España.

Sobre todos estos asuntos, Macaulay escribió un magistral estudio, del cual, la parte mas desfavorable, pertenece al reinado de Felipe V, y no a la conducta de los españoles en la época a que aludimos.

Lo cierto es que Luis XIV, abuelo del pretendiente, a quien protegía con todo su influjo, estaba por entonces un poco desequilibrado y tanto era así, que su acción acerca de los intereses del nieto dió graves y contradictorios resultados a sus aspiraciones propias y a los intereses de la dinastía francesa.

A través de acontecimientos, ya felices, ya adversos a las pretensiones de Don Felipe en los cuales tuvieron no poca parte los trabajos de Luis XIV resultó en definitiva que: apoyado el Archiduque de Austria por holandeses, alemanes e ingleses se obtuviese por resultado la pérdida de Gibraltar, la mengua de no pocos españoles y la consolidación de un trono que debía ser, en lo porvenir, la continuación de la decadencia de la monarquía española.

En aquella época Luis XIV estaba ya viejo y su existencia presentaba contraste con la de un monarca que en su juventud y edad adulta había sido experto, inteligente y eximio en materias de Gobierno, y que por entonces por ministerio de la vejez estaba chocho, lleno de caprichos, degradado e imbécil.

En resumen, la guerra peninsular llegó a su término y el rey borbón quedó dominando como señor y dueño.

No fue del todo un monarca nulo y sin tras-

endencia política y social el señor Don Felipe V, porque aunque su inteligencia no fuese extraordinaria ni su carácter el de un genio, sí parece que tuvo facultades bastantes para ejecutar alguna cosa que no fuese completamente estéril para la Nación que dirigía. Consolidado su trono y dueño absoluto de una entidad política y social que, en aquella época era todavía notable entre los pueblos europeos reinó con algún provecho para bien de sus súbditos.

Dejémosle, sin embargo, en el goce perfecto de sus derechos dinásticos y sigámosle en un punto solo de su señorío privado o mejor de su vida individual.

Costumbre fue siempre de los reyes españoles y franceses el dedicarse de vez en cuando a ejercicios de caza, para distraer el ánimo y para fortificar el cuerpo.

En cierta ocasión determinó el francés salir a una partida de montería menor y mayor con todos sus palaciegos, para disfrutar de los encantos de la broma, de la jarana, de la huelga y de la diversión, ajenos a los enfados de gabinete.

Muy temprano se dirigió, no al Prado, por estar muy cercano de la Corte, sino bastante mas allá, acompañado de muchos miembros de la nobleza, de sus ministros y empleados de alta distinción.

La carroza del Rey era espléndida y bien dirigida por diestros postillones, numerosos pajes llevaban cuidadosamente azores y gerifaltes; distinguidos caballeros guiaban con tino la jauría, y, en fin, todo estaba preparado para una partida que no dejase más que desear.

El oteo fue dispuesto con esmero y los oteadores colocados metódicamente en los puntos más eminentes del terreno, escuriñaban con atención el giro de las fieras y de los cuadrúpedos de menor importancia que debían ser perseguidos. Los ojeadores miraban con atención, y todos, colocados en los sitios de acecho, animaban con las bocinas de caza, a los concurrentes y señalaban la dirección en que la presa perseguida andaba como para escaparse. Los sabuesos, los lebreles, los perros, los mastines, los perdigueros y demás sujetos de la raza canina, esperaban el momento en que, a una señal dada, debían ser lanzados en persecución de la bestia.

Principió el momento solemne. Los pajes al lado de su majestad colocaban sobre su puño azores o gerifaltes, que rápidos como saetas se despedían de su puño y se elevaban en los aires para caer sobre las garzas, sobre los ánades o sobre las palomas, para despedazarlos con su férreo pico y traerlos obedientes al señor que los había mandado.

Los dogos y perdigueros acosaban a los conejos y a las liebres y daban cuenta de ellos.

A los lobos y al jabalí perseguían los sabuesos y los mastines hasta fatigarlos en tal manera que desesperados y sin defensa, se resguardaban feroces en la oquedad de una caverna o ante el áspero muro de una roca.

En aquel día la caza, después de incidentes más o menos conmovedores y diversos, terminó con haber acosado a un formidable jabalí contra las asperezas de un peñón, en donde, con los ojos ensangrentados, las garras bien dispuestas, el hocico levantado y los agudos colmillos al aire, desafiaba con valentía ataques de perros y ballesteros. Estos últimos, colocados en dos filas, no atacaban a la bestia por respeto al rey, quien colocado al frente, debía, según preceptos ineludibles, lanzar el tiro de honor contra el formidable animal.

La ballesta fue colocada al alcance de su majestad y después de haberlo sido, éste, con ánimo tranquilo y certera puntería lanzó la saeta contra el pecho del cerdo montaraz, de tal manera, que la férrea punta del arma, penetró por la parte media de los remos delanteros del animal y fue derecha al centro del corazón, siguiendo a esto convulsión instantánea y muerte repentina.

Voz levantada de felicitaciones y vítores ruidosos, siguieron a la acción ejecutada y los afanes del día quedaron cerrados para la gozosa comitiva.

Empero, cuando terminaba lo que va descrito, el cielo, antes radiante y luminoso comenzó a encapotarse y densas, pesadas, negras y numerosas nubes cubrieron el horizonte. Violentas ráfagas de viento, sordos y prolongados truenos, rayos rojizos y gruesas gotas de aguacero diluvial cayeron de súbito sobre la alegre y descuidada comitiva.

Era preciso buscar abrigo contra la desenfrenada borrasca, porque aunque se estuviese en los últimos días del mes de septiembre, el huracán desancadenado no daba tiempo para volver sanos y salvos hasta el palacio del buen Retiro. Al inquirir el rey lo relativo a la situación que pasaba se le dijo por alguien que estaba en las cercanías del pueblo de Móstoles y que preciso era buscar hospitalidad en él hasta la mañana siguiente.

Como la lluvia empezase a empapar las carnes del Soberano y como se le dijese que sería conveniente recurrir al Cura del lugar en tal apuro, a él mandó su Alteza un emisario para pedir posada.

El cortesano a su regreso dijo a su Majestad

que el señor Cura constaba satisfecho que la real persona sería bien llegada a su humilde presbiterio y que para recibirla se preparaba de buen talante.

Penetró Don Felipe en la casa cural a cuya portada salió a recibirle el buen párroco de Móstoles con señales de la más reverente y respetuosa adhesión.

No bien hubieron llegado al aposento de la casa y no bien hubo el Presbítero Doctor inclinado la rodilla y besado la mano de su amo y señor quedó éste acompañado en la pieza de recibo de uno de sus validos que lo era por entonces Alberoni, hábil y entendido diplomático italiano, que gozaba de gran privanza.

El señor cura, captando la venia de su ilustre huésped, salió de pronto a dar a su servidumbre las órdenes precisas a fin de que se diese decorosa acogida a tan alto y egregio señor, mientras que éste examinaba con ojo atento los pormenores de la estancia en que había sido recibido. Era esta una gran pieza decorada con la sencilla gravedad que cumple a un buen eclesiástico: una espaciosa mesa de cedro en el centro del salón: una rica biblioteca cuyos anaqueles contenían algunos centenares de libros: una imagen de Cristo, tamaño natural en uno de los ángulos de la estancia: cuatro retablos con sus correspondientes lien-

zos originales de Murillo y de Rivera, de Survaran y de Velásquez y unas cuantas vitelas que representaban santos del calendario. Había además como complemento muchas sillas de brazos con espaldar de vaqueta en que estaba estampado algún pasaje de la historia de España, con cuadros alusivos a ella en punto a costumbres, a usos y tradiciones. Sobre una mesa había un bonete con borlas de Doctor en ambas facultades porque parece que el señor cura lo era y muy experto en ambos derechos; canónico y civil.

Después de un rato de ausencia, el sacerdote volvió al salón, no sin que antes hubiese dispuesto que toda la comitiva del rey, según las distintas categorías, quedase alojada y asistida en las casas de los vecinos y sin haber ordenado que la cena de su majestad fuese opípara y espléndidamente servida y que sus lechos y demás menesteres quedasen cumplidamente dispuestos.

El señor cura de Móstoles era en aquella sazón hombre que frisaba en los cincuenta años de edad: de cuerpo aventajado y recto, de fáciles y desembarazados modales: llevaba la cabeza erguida, tenía fresca y luciente la piel de la cara; eran sus ojos negros y vivaces; franca y alegre la mirada; enteros y completos sus dientes y amable su permanente sonrisa.

Cambiadas algunas frases de pura cortesía y

en tanto que la cena fuese servida, su majestad quiso dar ligera mirada y ejecutar somero examen de la librería que estaba enfrente, porque habiendo fundado ya la biblioteca real de Madrid y la Academia de Bellas Artes, sentía invencible impulso a investigaciones bibliográficas: autores clásicos, griegos y romanos, fueron juzgo, las siete partidas del rey sabio; historia universal, anales de historia patria, jurisprudencia, teología y lo que es más literatura en prosa y verso, halló el rey en los estantes de un cura de pueblo, humilde y modesto pero grande por su carácter moral, religioso, político, civil y científico.

La cena fue servida; su majestad y los cortesanos comieron con apetito y después de haberse retirado éstos a su correspondientes habitaciones quedó el soberano en íntima y agradable plática con el sencillo pastor de almas de uno de los más reducidos puntos de su dominación universal.

Llegó por fin la hora de dormir y como el párroco creyese que la sacra majestad del rey tuviese necesidad de reposo se atrevió a iniciar tal idea al augusto huésped. Convino en ello el monarca, mas antes que se retirara el hospedero le interrogó con la siguiente frase; no acostumbra su majestad ponerse gorro de dormir para ir a la cama?

Sí que acostumbro respondió el rey pero no le tengo de presente.

Volvió la espalda el Doctor y después de breve rato regresó acompañado de un su sirviente, mozo atildado, quien sobre una salvilla de plata traía un vaso de cristal de fábrica de Venecia y un canastillo de mimbre en cuyo fondo había, abrigada por nítida servilleta, una botella cuyo cuello guarnecido de algunas telas de araña contenía el mas exquisito y aromático vino de Jerez, magnífico de fábrica y recomendable por lo añejo.

De aquella botella asíó el buen religioso y después de haberla limpiado con la servilleta la destapó con presteza y vertió de su contenido tanto cuanto podía contener el vaso y volviéndose a su huésped le dijo: éste es el gorro de dormir que puedo ofrecer a su Majestad.

Bebió el rey a trago seguido, lo siguió el cura al dormitorio alumbrándole con grueso velón de cera, le besó la mano, le deseó sueño tranquilo y volvió a su alcoba para entregarse a un rato de oración y para levantarse temprano a despedir a sus huéspedes.

A la mañana siguiente, a tiempo de la partida, Don Felipe, apretando la mano del párroco le dijo: no olvidaré nunca, señor cura, el buen hospedaje que Ud. me ha dado y más que al So-

berano le ruego que vea en mí de hoy en adelante a un amigo cordial.

Poco después entró la comitiva en la coronada villa que no está separada de Móstoles por más de cinco millas de distancia.

Luego, después, la vida de su Alteza, de sus cortesanos y vasallos siguió el tren acostumbrado.

Transcurrió algún tiempo sin que nada nuevo aconteciese, hasta que un día un paje de Palacio puso en manos del Dr. **Don Juan Gómez de Frias**, cura de Móstoles, un grueso despacho con el sello real sobre cubierta remitido por su Majestad. Abierto el pliego por el buen eclesiástico halló dentro de él una carta autógrafa que decía:

“Mi estimado capellán y respetuoso hostelero. Estando el obispado de Popayán en el Nuevo Reino de Granada, América meridional, en sede vacante he tenido a bien, haciendo uso de las prerrogativas que me concede el patronato, presentaros al Padre Santo para ocupar la silla de dicho obispado. El Sumo Pontífice ha expedido la bula que os acompaño, y yo espero que os pondréis en camino para ocupar dignamente el puesto que os ha sido señalado. **Un obispado por un gorro de dormir** y asunto concluido. Yo el Rey, Felipe de Borbón”.

El Dr. Frias vino al Nuevo Reino de Granada,

entró a Antioquia por el camino de Yolombó, llegó a Medellín, dejó en esta Villa una constitución eclesiástica, para el buen régimen y disciplina del gobierno de la Iglesia, siguió a Popayán por la vía de Sabaletas, Bujú, Anserma, Cartago, Buga, Quilichao para ejercer como ilustre prelado sus funciones episcopales. Mas tarde repitió su visita a Antioquia, y, según la opinión de historiadores verídicos fue uno de los más inteligentes y virtuosos prelados de la Iglesia americana.

1895

—Manuel Uribe A.—

El original manuscrito reposa en el archivo arquidiocesano de Medellín. Copió, con la debida autorización, el Pbro. Javier Piedrahíta Echeverri.

RECUERDOS DE UN VIAJE DE MEDELLIN A BOGOTA

1862

(Extractos tomados del Volumen N° 1 del
"Boletín de Historia y Antigüedades" Bogotá
1904).

LLANADAS, 19 DE DICIEMBRE DE 1862

Estamos bien. La jornada ha sido buena, y el camino transitable. Nos hallamos alojados de modo diametralmente opuesto al de anoche.

Esta mañana, á la hora del alba, nos pusimos en pie. El día estaba un poco nublado, pero con los primeros rayos del sol se despejó perfectamente, y tuvimos tiempo regular.

Desde el punto en donde dormimos, aunque estaba todavía distante la población de Abejorral, la veíamos por encima de las numerosas colinas intermedias. Avanzámos á paso moderado, lo que nos permitió recorrer con facilidad lo bue-

no del camino, porque el chubasco del día anterior no había pasado del punto en donde pernoctámos. A las nueve llegámos á la villa, y mandámos preparar un almuerzo, que se nos sirvió pronto y bien.

Abejorral es una bonita población, habitada por familias decentes. Las calles son un poco inclinadas, pero se nota mucho aseo en las habitaciones. Es un pueblo austero, ortodoxo y que mantiene á distancia sus relaciones con los demás del Estado. Sin ser excesivamente rico, se puede reputar como medianamente acomodado. Los vecinos viven de la agricultura, que ejercitan tanto en los alrededores como en las hoyas de los ríos Arma, Aures y Buey, que corren por el distrito; del tráfico hecho con mulas, del comercio que mantienen con el valle del Cauca, y últimamente del cultivo del tabaco en las tierras calientes de los contornos. La ganadería entra por mucho en las operaciones lucrativas de los abejorraleños (1).

(1) Los progresos materiales de Abejorral no han sido de grande importancia, pero su significación social ha mejorado mucho, merced á la laboriosidad de sus habitantes, que son de carácter tenaz, firmes en sus convicciones é invariables en sus proyectos. Sin perder nada de su vieja austeridad, han ganado mucho en lo que se refiere á la parte intelectual é industrial.

Sin que la supresión de algunos nombres, que no ponemos aquí por falta de memoria, deba ofender á nadie, cumplimos el deber de citar algunos, porque

Cuatro palabras antes de pasar adelante, sobre la siembra, cultivo y aliño del tabaco en el Estado de Antioquia.

Esta clase de empresas es reciente: hace sólo cinco años que se iniciaron, y hoy alcanzan proporciones de consideración. Al principio las plantaciones fueron de poquísima importancia. Los cultivadores de Ambalema vieron con celo y de reojo el establecimiento de esta nueva industria que creyeron podía perjudicar sus intereses. En el Estado mismo muchos individuos pensaron que el buen resultado de este negocio sería imposible, por falta de terrenos adecuados al intento. La experiencia prueba victoriosamente que los terrenos bajos de Arma, Cauca, Porce y otros se prestan admirablemente á este género de labor. No tenemos lo que con poca propiedad se llamó factorías; pero poseemos establecimientos de alguna importancia, y la prueba evidente de que la producción alcanza condiciones respetables, consiste en que durante el sitio de dos años que acabamos de padecer, en el cual ninguna introducción se ha hecho de Ambalema, el tabaco no ha faltado y se ha mantenido á precio equitativo.

nos parece de justicia, y en nuestra corta lista van algunos muertos y hacemos mención de algunos vivos:

José María Gutiérrez, Pompilio Gutiérrez, Alejandro Gutiérrez, Manuel Canuto Restrepo, Juan Pablo Restrepo, Venancio Restrepo, José de la Cruz Restrepo, Francisco Arango, Ramón Arango, etc.

La calidad de este artículo era sumamente mala al principio; ha ido mejorando poco á poco, y ya, si no rivaliza con ventajas al de Ambalema, es por lo menos pasadero. La gente del pueblo se ha ido acostumbrando al consumo; comienza á venderse el artículo con buen crédito en los mercados, y el pedido interior poco ó nada necesita de los auxilios extraños. La hoja es aromática, pero á veces amarga y ligeramente cáustica. La semilla que produce mejor es la de Ambalema, porque la de Cuba, aunque al principio da tabaco muy oloroso, degenera luégo, se desvirtúa y pierde sus recomendables cualidades.

Dentro de muy pocos años es casi seguro que no vendrá de fuéra una sola libra de este producto, pues el Estado no solamente dará para el abasto común, sino que podrá producir para la exportación, si la carestía de los porteos, proveniente de falta de buenos caminos, no se opona á ello.

De todas maneras Antioquia, que gastaba antes de 250 á 300.000 pesos anuales para proporcionarse el placer de fumar, está hoy del todo, ó casi del todo, redimido de este desembolso. Con la circunstancia de que en nada ha perjudicado á la factoría de Ambalema, siendo cierto, como lo es que este último mercado y otros supernumerarios del Bajo Magdalena apenas alcanzan á satis-

facer las exigencias y pedidos de Bremen y de Hamburgo (1).

Abejorral parece haber sido destinado por la Providencia para servir de campo de batalla en nuestros perniciosos disturbios intestinos. Dos acciones de guerra, ambas medianamente sangrientas, han ocurrido aquí en diversas épocas.

En la primera eran jefes, de un lado el Coronel Salvador Córdoba, y del otro el Coronel Castelli: defensor el primero de la libertad, y el segundo de la usurpación de Urdaneta.

El Coronel Salvador Córdoba, hermano del intrépido General de igual apellido, había hecho en compañía de éste gloriosas campañas. En la del Magdalena, sobre todo, se había portado con dignidad y valor señalados. Los nombres de Turbaco, Cartagena, el Banco, Tenerife y Majagual lo recuerdan con admiración. Era un hombre alto de cuerpo, pálido, de boca ancha, franca risa, pelo lacio, amplio de espaldas, de constitución atlética,

(1) El tabaco antioqueño, aunque no es de buena calidad y no ha podido por lo mismo formar artículos de exportación, sí ha conseguido realizar una grande economía pública, pues el de Ambalema se introduce hoy en mínima cantidad, porque el pueblo, acostumbrado al gasto del producido en el Departamento, evita la salida de una respetable suma de dinero para proporcionársele en otros puntos.

de gustos y modales sencillos, apasionado por la cacería, afable y hombre de bien.

El año de 1829 asistió con su hermano á la desgraciada jornada del Santuario, y fue hecho prisionero. Se le detuvo en calidad de tál por mucho tiempo, y fue condenado á muerte, pena que se conmutó en extrañamiento de la Nueva Granada.

El oficial encargado de conducirlo con escolta á Cartagena era el Capitán Bibiano Robledo, hombre pequeño de cuerpo, pero travieso y decidido. La amistad de este oficial hizo que el Coronel Córdoba pudiera evadirse antes de salir del territorio antioqueño. Poco después apareció en Yolombó; sorprendió luégo una guarnición que estaba en Barbosa, y con pasmosa rapidez, procurándose en su marcha armas, recursos, muchos soldados voluntarios y varios oficiales de mérito, pasó por la cordillera de Concepción, por San Vicente, Rionegro y La Ceja, burlando la vigilancia de Castelli, que con alguna tropa disciplinada estaba en Medellín.

Córdoba fue auxiliado por el clérigo Esteban Antonio Abad, Cura de Rionegro, quien con uno ó dos compañeros más le presentó á Castelli un simulacro de escaramuza que lo detuvo en su camino y le dio á aquél tiempo para tomar posiciones militares en Abejorral y para esperar tran-

quilamente á su adversario. El encuentro se verificó. Fue corto y bien lidiado por ambas partes. La victoria se declaró en favor de nuestro compatriota a Cartagena era el Capitán Bibiano Robledo, del italiano, á quien en verdad no faltaban arrojo y atrevimiento. Castelli, derrotado, montó en un buen caballo, pasó como huracán por el camino que nosotros acabamos de andar, y en pocas horas llegó á las cercanías de La Ceja, donde su corcel, fatigado y sin aliento, le dejó en un lodazal, y donde algunos ciudadanos de aquel pueblo le hicieron prisionero.

A la influencia de Córdoba debió entonces el extranjero su salvación, como la debió un poco más tarde á la ligereza de sus piernas; pues habiendo sido conducido á Bogotá y condenado á muerte por un Tribunal, logró burlar la vigilancia del centinela, corrió por la plaza mayor en calzoncillos y se metió á la iglesia Catedral, lugar de asilo en aquella época para salvarse de ese modo.

El otro combate, en los alrededores de Abejorral, en el alto de Las Letras, se verificó el año de 1851 entre los Generales Borrero y Herrera, revolucionario aquél y gobiernista éste. No será malo saber alguna cosa de los precedentes de estos dos sujetos, antes de hacer una somera relación de los acontecimientos de ese período histórico.

Borrero era hijo de Cali; recibió su primera educación en Bogotá en el Colegio del Rosario; parece que se inclinaba un poco á los estudios médicos, y es muy probable que en cualquiera facultad hubiera sido sobresaliente. El torbellino revolucionario lo arrastró en su curso, como á la mayor parte de los jóvenes de su edad. Entiendo que asistió á la batalla de Palacé y á la de Calibío, y ya en el año de 1813, siendo compañero de Macaulay, cayó prisionero en la desgraciada jornada de Jenoy. Los prisioneros hechos en esa batalla fueron quintados, y fusilados aquéllos á quienes señaló la suerte, y llevados los otros con prisioneros y á pie, para ser puestos bajo la vigilancia de las autoridades españolas. Entre los últimos estaba el Capitán Eusebio Borrero. Los sucesos políticos de entonces, el aumento de opinión por la causa de la libertad, la calidad de forasteros, y más que todo la índole liberal y hospitalaria de los quiteños, crearon numerosas simpatías en favor de aquéllos y les procuraron alguna protección. Borrero estaba joven, tenía buena palabra, ojos negros y expresivos, cabello rizado y espíritu inquieto y belicoso.

Borrero no asistió á la guerra del Perú; quedó en Pasto sirviendo bajo las órdenes de diferentes jefes, especialmente de Salom, Flórez y Sucre, y á la época de sus campañas en Pasto es á la que se refiere la famosa idea de los matrimonios re-

publicanos del Guáitara. Esta idea consistía en poner á los prisioneros del ejército español por pares y atados espalda con espalda, y en arrojarlos luego por el puente hasta el río, que corre por un profundo abismo como de unos cuarenta metros. Se dice que Borrero obtuvo título de inventor, y aunque él echó siempre la responsabilidad de esto sobre el Coronel Paredes, venezolano, la opinión pública no pudo discernir los honores del invento, fluctuando como estaba entre el uno y el otro. Investigaciones propias me inclinan á creer que el acto se practicó en colaboración. Ya se ve, era el tiempo en que el héroe de Ayacucho, el famoso Córdoba, Flórez, Valdés, Maza, Morillo, Borrero, Paredes y otros se cebaron sin piedad sobre aquellos pueblos, cometiendo gran número de atrocidades que la historia indignada reprueba con todo el aliento de su inexorable palabra. Borrero era frío, escéptico y de instintos sanguinarios, instruído y elocuente. Sus dotes oratorias eran conmovedoras y de vigor casi sobrehumano.

Concluída la guerra del Sur, fijó su permanencia en Cali, y entonces se le vio tomar parte activa en todas nuestras contiendas civiles, ya como político estadista, ya como militar. Profesó siempre la opinión, de acuerdo sin duda con sus precedentes, de que las guerras de Pasto no podían sofocarse sino con la voz elocuente del cañón y con actividad sanguinaria. En los trastornos del

Cauca el año de 1831 dicen que mandó fusilar despiadadamente á varios ciudadanos. Lo claro de su inteligencia, sus pretensiones militares y la fuerza portentosa de su palabra brillaron con esplendor en la aciaga revolución de 1840. En Rio-sucio empapó de nuevo sus manos en sangre granadina.

Sin carecer de actividad como soldado, era torpe y desmañado como jefe. En Itagüí logró apenas las ventajas de una retirada, aunque mandase veteranos contra reclutas indisciplinados; en García se dejó sorprender como un niño, cayó prisionero y debió únicamente su libertad á la victoria de la Chanca, obtenida por el Coronel Barriga. Candidato para la Presidencia de la República, en competencia con el General Tomás C. de Mosquera, su conducta fue tan poco hábil, que contribuyó involuntariamente á dar la victoria á su rival.

Después del 7 de Marzo de 1849, los enemigos del Gobierno pusieron los gritos en el cielo, levantaron polyareda y algazara universales y se prepararon á tomar las armas. Señalaron el día y la hora, moviéndose así: Julio Arboleda en el Sur; D. Mariano Ospina en el Centro, y el General Borrero en Antioquia. Entretanto que el General López, Presidente de la República, componía dulces endechas y traducía las odas de Horacio y algunos versos de Boileau, el hombre del

Guáitara y de la cuchilla del Taindala llegó á Medellín, levantó el grito de insurrección en Belén y lanzó al público una proclama llena de celo y furor religiosos. En pocos días conmovió toda la población antioqueña, formó un grande ejército, se puso en campaña y se encaró con el General Herrera, comisionado por el Gobierno para pacificar á Antioquia.

Los datos históricos de la biografía de Herrera son más cortos, pero en verdad más simpáticos y más gloriosos. Su primera educación la recibió en los Estados Unidos. Regresó al Istmo, abrazó la carrera de las armas y, muy joven todavía, fue encargado de combatir a los insurrectos de la 3ª División, lo que consiguió capturando y haciendo fusilar inmediatamente al General Luis Urdaneta y al Coronel Alzuro. Después desempeñó varias comisiones de importancia, ya civiles, ya militares, siempre con probidad é inteligencia. Asistió á muchos de los Congresos de la República como Representante ó como Senador. Su discurso era breve, conciso y claro, su frente espaciosa, su mirada tranquila y dulce, su porte noble y de caballero, y su alma templada á la manera de esas que usaban los romanos, los espartanos y los atenienses en sus buenos tiempos. En el año de 1840 tomó alguna parte en favor de la causa revolucionaria, y en consecuencia vagó algunos años por países extranjeros; pero por causa de la reacción

de 1840 se restituyó á su patria, donde fue recibido con aplauso, tenido en consideración y colocado en altos destinos, que siempre supo desempeñar con lucimiento.

COMBATE EN ABEJORRAL.

Por esto le tenemos al presente cara á cara con el General Borrero en el campo de Las Letras.

Herrera escogió una posición desventajosa. El vecindario de Abejorral le era hostil; se le habían reunido algunos voluntarios antioqueños, y su ejército era lo que en estas tierras se llama tropa de línea. Los soldados estaban fatigados por largas jornadas, tenían pocos pertrechos y carecían de recursos de todo género. La División de Borrero era más numerosa, compuesta en su totalidad de robustos antioqueños, entusiastas, pero sin jefes hábiles, sin práctica militar y sin la estricta obediencia que reclama la Ordenanza. Eran voluntarios, y eso lo explica todo.

La batalla empezó desde muy temprano. Se batieron por guerrillas, y no faltó valor de una y otra parte. Los muertos fueron pocos, y no hubo esos actos distinguidos de heroísmo que singularizan y hacen memorable un combate. Por la tarde Borrero y los suyos eran dueños de la mayor parte del campo. Herrera carecía de pertrechos, y habría sido completamente derrotado si su enemigo, desconociendo las ventajas adqui-

ridas, no le hubiera permitido emprender esa noche misma una retirada sobre Rionegro, la que ejecutó en buen orden, con habilidad y destreza que la hacen recomendable y que se debió en gran parte al valor y pericia del Coronel Alzate.

Andando toda la noche, llegó al siguiente día á Rionegro, cuyos habitantes entusiastas y decididos en su favor, le procuraron los medios de que carecía, pues fundieron para hacer balas hasta las vajillas. Parapetóse en el cementerio, donde fue atacado por su contrario á la siguiente mañana y donde ocurrió el combate que mencioné al principio de estos apuntes. Después de la victoria obtenida en Rionegro, Herrera se portó con tal generosidad y cordura que le atraieron la estimación y el cariño de la mayor parte de los antioqueños.

El año de 1854, el 17 de Abril, se verificó el escandaloso alzamiento del General Melo en Bogotá. Herrera tomó puesto en las filas de los defensores de la Constitución, y murió vencedor, combatiendo en las calles de la capital.

La digresión va larga y el viaje nos urge. Adelante, pues.

Salimos de Abejorral á las once, con dirección á Sonsón. A la salida tuvimos la desgracia de perder á Mosquera. Pero este Mosquera no es el Supremo Director de la Guerra, sino un perrito muy

bello, que hacía parte de la comitiva. Se atrasó un tanto, y no hay duda que algún campesino se enamoró de la piel fina, de las largas orejas, de la raza pura y de la juventud del animalito. Porque no se pierdan ni se mueran en mi poder estos lindos animales domésticos, no me gusta tenerlos, y esta costumbre la he convertido yo en sistema. ¡Pobre Mosquera! Nos divertía mucho y era además el compañero fiel de Maravilla, una gatita que se traía para entretener á Teresita.

Trepando cerros y descendiendo cuestras llegamos por fin á la **Quebradona**, que sin duda se llama así por la copiosa cantidad de sus aguas (1).

(1) Es indudable que el relato de este viaje contiene referencias pueriles para todos los que lean, pero agradables para mí, porque me traen á la memoria mejores tiempos.

A fines del año de 1841 viajé con mi verdadero padre D. José María Uribe Arango, y al llegar á este riachuelo todos los de la modesta comitiva teníamos hambre y sed, que procuramos atenuar de la manera como esto se conseguía en los viajes de aquella época. Recuerdo la bella actitud del autor de mis días cuando, puesto de pies al borde del agua, tomó dos libras de panela y un queso fresco, y con golpes secos de cuchillo convirtió las primeras en pedazos, y el segundo en apetitosas tajadas. Comimos todo aquello hasta saciarnos, y luego, con un jarro de plata, libámos sendas cantidades de la purísima y fresca agua que arrastran las ondas del torrente. Más tarde, en otros viajes, he bebido vinos variadísimos: tinto del Garona, champertín y champaña, leoville, sosterne, ron exquisito, vesubio, tokai y chipre, y sin mentir aseguro que nuestra refacción de **Quebradona** me supo muchísimo mejor: ya se ve, entonces tenía yo diez y ocho años de edad.

Se baja á ella por un despeñadero que asusta, pero al fin se baja. Sus aguas, frescas y cristalinas, corren precipitadas á derramarse en el Aures.

AURES.

Continuámos trepando hasta dominar la cima próxima y recibir las brisas del Aures. Desde aquella elevación tiene el viajero á la derecha la hondonada, casi incomprensible del Arma; á la izquierda, cerros escarpados, y enfrente una hoya profundísima, en donde se escucha á la manera de un trueno sordo el mugido de las innumerables cascadas del río. A medida que se descende, se le alcanza á divisar en su lecho como un cadáver egipcio en su sepulcro de granito.

Hace poco tiempo la vera del camino estaba cubierta de espesa enramada y de árboles seculares. Todo eso ha desaparecido en su mayor parte, y no quedan sino algunos matorrales, sobre todo en la vecindad inmediata al río.

Descender desde la cúspide de la montaña y continuar bajando siempre, es como si se estuviese en el cielo y se descendiera por la escalera de Jacob. La pintura de este sitio no es fácil, pero bajar es mucho menos. La senda es pedregosa. A cada paso de la mula, sobre todo en algunos sitios en que un lado queda descubierto y sobre una roca tajada á pico casi vertical y de muchos metros

de altura, un frío mortal corre por las venas y una enorme corriente de miedo eléctrico paraliza todos los miembros. Si el viajero va acompañado por su dulce **querida mitad**, el terror es de participantes y la situación de agonía.

Que los asiáticos se queden con sus elefantes, los egipcios y árabes con sus camellos y todos los pueblos de la tierra con sus caballos; pero que por Dios dejen las mulas para los antioqueños. Sin tal semoviente la vida es difícilísima, casi imposible en esta comarca. Merced á la bondad de las que traíamos, bajámos hasta el puente, después de haber visto repetidas veces á nuestros pies precipicios que alcanzaban en su longitud centenares de metros. Es dicha cuando uno se mete á andariego por estas escarpas no ser propenso á vértigos como el mosquetero de Dumas.

En el puente el paisaje es sobre modo agresivo: el agua corre á gran profundidad, y peñascos enormes de lado y lado sirven de estribos. La acción constante y secular del río sobre las rocas, ha producido numerosas excavaciones de formas variadas y caprichosas que se miran desde lo alto con interés y curiosidad. Gramíneas numerosas de finísimo tallo y de verdes y menudas hojas, llamadas **carrizos, chusques y undillos**, crecen de lado y lado, trepan por los árboles, se lanzan atrevidas en distintas direcciones, se abrazan, se en-

tretejen, forman vistosos ramilletes, festones colosales y sombríos, arcadas llenas de galanura, dando al conjunto un tinte profundo de novedad y melancolía que proporciona al peregrino una emoción desconocida antes y una impresión original.

Este paso del Aures con su topografía característica, forma un punto de defensa militar, que en nada cede á los más ponderados de Pasto; es hermano legítimo del Juanambú, del Mayo y del Guáitara.

Después de contemplar por algún tiempo este soberbio fenómeno natural, emprendimos nuevamente el viaje. El comienzo de la cuesta del frente es escabroso. Hay calor sofocante, pero á medida que se asciende, el frío de la cordillera inmediata, la vista de las praderas, el ruido de las fuentes y los arroyos y toda la calma y donosura de un hermoso paisaje, refrescan el cuerpo cansado del caminante.

El equipaje estaba todavía lejos, porque cometimos la falta de dejarlo, discurriendo que si avanzábamos hasta este punto, llegaría temprano. Aquí hemos arribado a las cinco de la tarde. El tiempo es bueno, el frío intenso, el campo bellísimo y las patronas de la casa nos brindan cordialmente una hospitalidad que San Juan de Dios mismo acaso no nos la diera. Hay en esta casa dos

muchachas lindas como Rebeca, y que como Rebeca traen agua de la fuente vecina para preparar nuestros alimentos. Estas dos muchachas ponen de muy buen humor á uno de nuestros compañeros.

Ya hemos cenado abundantemente y con buen apetito. Los peones del equipaje se han portado bien; ya están aquí.

Mucho queda por decir en esta jornada, pero es tarde.

EL GENERAL BRAULIO HENAO

En Sonsón vive actualmente el General Braulio Henao, nacido en las inmediaciones de lo que hoy es distrito del Retiro, cerca del rioachuelo de la Leona, y que fue bautizado en la iglesia de Rio-negro porque a la sazón no la había en el Retiro. Henao no se cuece con dos aguas, como se dice vulgarmente, y va casi con el siglo. Su familia era pobre, humilde y de pocos haberes, por lo que su primera educación fue insuficiente y descuidada; pero su ignorancia de entonces se ha modificado favorablemente por lecturas asiduas (1).

(1) Esta nota se hace indispensable, porque nuestros informes de aquel tiempo no eran bastantes para esbozar la carrera de esta ilustración antioqueña.

El General Henao recibió bautismo de fuego en la

escaramuza de Chorrosblancos, y mientras el General José María Córdoba seguía persiguiendo á los españoles por la vía de Zaragoza, Henao regresó á Rionegro, de este punto pasó á Medellín y quedó á las órdenes del Comandante Ricaurte, quien á la cabeza de cerca de mil hombre siguió por la vía de Nare con dirección á la Costa Atlántica. Llegado que hubo al Banco y á Tenerife, halló triunfantes á Córdoba y á Maza; y como el primero fuese con dirección á Cartagena, el joven antioqueño, bajo la dirección del segundo, hizo la campaña de la Ciénaga, manifestando en todas partes sereno valor y decisión republicana. De allí en adelante Henao asistió á la toma de Santa Marta por el Almirante Brión, Padilla, Montilla y otros libertadores.

De Santa Marta asistió al sitio de Cartagena, y libertada esta ciudad pasó por orden superior á guarnecer el Istmo en Portobelo, Chagres y Panamá.

El año de 27 regresó á Sonsón y se dedicó, en compañía de un hermano, á trabajos de minería y agricultura.

El año de 29, llamado por Córdoba en el Santuario, de Antioquia, en donde, aunque derrotado, probó valor admirable.

Vuelto á Sonsón, continuó trabajando asiduamente en iguales ó semejantes tareas á las anteriores.

Siguió como ciudadano ajeno á las contiendas guerreras hasta el año de 40, y en el siguiente triunfó contra Vesga y Galindo después de reñida batalla en Salamina.

Estuvo en las batallas de Itagüí, Manizales, Carolina, La Honda, Hojas, Cabuyal, Pitayó, Santodomingo y Santa Bárbara; y concluida la revolución de 60 se retiró de nuevo á Sonsón y se dedicó al trabajo con su habitual consagración.

El día 26 de Marzo de 1902 cumplió cien años de edad en pleno goce de sus facultades físicas y mentales. Los vecinos de Sonsón y muchos ciudadanos antioqueños festejaron su natalicio con gran pompa, y la República considera hoy al General Henao como uno de sus hijos más ilustres.

Como voluntario entró a la carrera militar, y se encontró como soldado el año de 1819 bajo las órdenes de José María Córdoba. Destinado a la costa del Atlántico, estuvo algún tiempo en Santa Marta y Cartagena, y de esta ciudad pasó a la de Panamá, en donde estuvo de guarnición: fue licenciado posteriormente y regresó a Antioquia á tiempo oportuno para ponerse de nuevo a las órdenes del heróico cuanto desgraciado General Córdoba y combatir y ser derrotado en el Santuario el año de 29. Retirado á la vida privada, se dedicó á trabajos campestres, se casó y se estableció en Sonsón. Ignoro la parte tomada por nuestro compatriota en los acontecimientos del año 31; pero sí sé que en el de 40, unido el General Eusebio Borrero en su malograda campaña sobre Antioquia, estuvo en Itagüí, combatió con valor temerario y se resignó á la capitulación. Retirado á Sonsón, continuó trabajando de modo infatigable por el triunfo del Gobierno, consiguió prosélitos, reunió una escasa pero lucida Columna, y con ella destruyó las fuerzas rebeldes á las órdenes de Vesga y Galindo, en la falda de la Frisolera.

Terminada aquella revolución, se contrajo nuevamente á sus tareas de campo, y merced á su actividad y constante labor su riqueza ha pasado siempre en concepto de la gente por ser de bastante consideración.

La jornada de Salamina proporcionó á Henao crédito bastante entre sus compatriotas, tanto que fue nombrado para representar á la Provincia de Antioquia en los Congresos nacionales. De otro lado, su amor á la vida privada, su consagración al trabajo y su persona siempre lista para acudir á los llamamientos de la República, le ganaron renombre de modesto patriota y heroico Capitán y hasta de entendido en los asuntos de su profesión. Por una década de años fue la joya preciada de Antioquia, que se complacía, por acuerdo común de sus hijos, en pronunciar el nombre de este Cincinato montañés.

El año de 1851 llegó para Henao triste y funesto. El General Borrero y la fuerza de la opinión consiguieron colocarlo en las filas de los rebeldes. El sirvió como á despecho y de mala voluntad durante algún tiempo; pero quizá por falta de entusiasmo se retiró de nuevo á cuidar de su querido trapiche y de sus vacas. Ese es el asunto de Las Coles, que tanto ha contribuído á mortificarle desde entonces. Los amigos le llamaron tránsfuga, lo abrumaron con su desprecio y le consagraron odio mortal, reservándose, eso sí, el derecho de una reconciliación posterior. No falta quien le defienda calurosamente y haga caer la mancha, con razones de peso, sobre sus propios acusadores. La historia no ha pronunciado su fallo definitivo en la materia.

El año de 1854 se oyó resonar por toda la Nación el grito alarmante del motín del cuartel encabezado por el General José María Melo. Bien pronto ese movimiento tomó proporciones considerables, y los defensores de la Constitución y de la ley volaron á los campos de batalla. Henao fue de estos últimos.

Con la ayuda del Dr. Mariano Ospina, Gobernador entonces de Antioquia, reunió una lucida Columna de antioqueños y fue á engrosar las filas constitucionales que á las órdenes de López y de Herrán se formaban entonces en el Alto Magdalena. El Ejército del Norte, mandado por el General Mosquera, atacó á Melo en Bogotá, de acuerdo con los ejércitos del Sur y de Occidente, y en los primeros de Diciembre se peleó la sangrienta batalla de Bosa. Henao combatió en la vanguardia y cayó herido, pero triunfante, en la primera carga. A él y á los antioqueños se debió entonces la salvación del país; su fama tomó formas prodigiosas y su rehabilitación, si alguna necesitaba, quedó definitivamente conseguida.

No bien la victoria coronó con sus laureles la frente de Henao, cuando voló una vez más á sus labores ordinarias.

En eso estaba y era feliz hasta el año de 1860, en que por motivos largos de contar estalló la formidable revuelta de que aún no hemos acabado

de salir. Mosquera tomó en el Cauca actitud amenazante, y el Gobierno de la Confederación, seguro del triunfo, dio órdenes á Henao y á Giraldo para formar un Ejército y cubrir el punto de Manizales. Muchos dudaron que el primero tomara servicio en contra de Mosquera; pero después de algunas vacilaciones, obedeció la orden y asumió actitud eminentemente hostil. En compañía del General Joaquín Posada G. combatió y celebró expansión con Mosquera el 28 y 29 de Agosto.

Mientras que el Dr. Ospina pretendió con mañas engañar á Mosquera sin pronunciar una palabra sobre la expansión de Manizales, Henao y Giraldo disolvieron el Ejército y parecieron confiar en la cesión de la guerra. Esta recrudesció; Mosquera siguió sobre Bogotá, y de triunfo en triunfo logró tomarla y apoderarse de la persona del Dr. Ospina.

Una intentona descabellada, capitaneada por D. Clemente Jaramillo, pretendió en vano derribar el Gobierno de Antioquia.

La lucha continuó, y algunos jóvenes valerosos pero inexpertos intentaron y lograron invadir el Estado, auxiliados por Mosquera y por Nieto. La falta de recursos, ó acaso la impericia, les obligó á meterse en el pueblo de Carolina. Henao vino contra ellos, los sitió y acorraló con un número mayor de soldados. Un breve combate se siguió el

16 de Junio de 1861, y el enemigo, debilitado por el hambre, sin esperanza y careciendo de medios, obtuvo del modesto y afortunado caudillo honrosa capitulación.

Después de la jornada de Carolina nuestro compatriota marchó de nuevo á Manizales, pasó al Cauca, triunfó de Alzate y de Payán en la Honda, entró á Cali, se unió con Julio Arboleda y emprendió la desdichada cuanto deplorable campaña del Dagua, y después de haber sido derrotado y hecho prisionero en las Hojas y libertado en la acción del Cabuyal, regresó á Cali y siguió con Arboleda á Popayán. Se estacionaron en Silvia, sobre la Cordillera Central, como mostrando amenazar á Cundinamarca. Arboleda fusiló á muchos, y Henao, á quien hasta entonces se tenía por eminentemente humano, se contagió, cedió dócilmente á instigaciones extrañas y fusiló también.

El Estado fue invadido nuevamente por el Nordeste y por un enemigo más numeroso que el rendido en Carolina. Venía á las órdenes del bravo pero inepto General José María Mendoza Llanos. Las tropas invasoras derrotaron en el Tambo al Coronel Marulanda y tomaron á Santodomingo; pero en vez de aprovecharse de esta ventaja sobre la capital, se acuartelaron en aquel pueblo y permitieron al Gobernador rehacerse, y cuando determinaron avanzar toparon en Playas con las tropas del Gobierno. Un sangriento combate se

libró el día 2 de Noviembre, de éxito dudoso. Los enemigos quedaron frente á frente, por algún tiempo, hasta que al fin los invasores concentraron de nuevo sus fuerzas en Santodomingo. En el intertanto Henao había sido llamado de Silvia, y con un ejército numeroso y lucido regresó para hacer con Mendoza y sus compañeros lo que antes había hecho con Santodomingo Villa y Liborio Mejía en Carolina.

Animados Arboleda, Giraldo y Henao por el triunfo del Cabuyal, marcharon de nuevo sobre Silvia, y como intentasen atravesar la cordillera, fueron detenidos por el enemigo. Replegados sobre Popayán, y engrosado el Ejército desde algunos días antes con las fuerzas del Norte de la Confederación salvadas por Canal en su memorable y gloriosa retirada, resolvió el General en Jefe Arboleda seguir a Pasto. Henao, Giraldo y los antioqueños no quisieron acompañarle, lo que ocasionó la división del Ejército y fue el principio de su ruina.

El General Mosquera traspasó la montaña por las cumbres heladas del Moras y del Guanacas, vino en persecución del ejército antioqueño por el Sur, mientras que el General Santos Gutiérrez ocupó á Cartago. Henao y Giraldo, sin esperar á Mosquera, resolvieron abrigarse en Manizales; pero á su paso encontraron con Gutiérrez, quien les aceptó batalla en Santa Bárbara, campo en el

cual Giraldo selló con su sangre la fe de sus creencias políticas y la valerosa dignidad de su carácter.

Terminada la lidia, tornó Henao á sus habituales ocupaciones.

No hay un hombre en Antioquia que haya tenido influencia más poderosa sobre los acontecimientos de una veintena de años, que de quien hablo. Aunque los odios y los rencores engendrados por la revolución no estén todavía apagados, gusto de acomodarme a la verdad en mis juicios.

El General Henao posee innegable mérito. Como soldado y como oficial se condujo bien en los primeros años de su carrera militar; en el Santuario de Antioquia se manejó como un león, en Itagiú combatió como un héroe y en Salamina manifestó que era habilísimo para la guerra difícil de posiciones. En Bosa su comportamiento fue brillante; en Manizales se portó como bueno, y su marcha desde Silvia hasta Santadomingo en tiempo crudo, será registrada por la Historia con aplauso.

Hay algunas frases de elocuencia militar bastante notables en la carrera de Henao. En Bosa, durante lo más crudo del combate, recibe del General en Jefe la orden de retirarse. Diga usted, respondió al ayudante que le llevó la orden, que los antioqueños del **Batallón Salamina** no saben

retirarse. En buena guerra, esta respuesta merece la inmortalidad ó el cadalso.

En Medellín, en una arenga dice: "Antioquia será libre, porque Antioquia quiere ser libre". Esto equivale á esto otro: "Querer es poder".

En resumen, y para hacer justicia diré: que la reputación del General Henao reposa sobre un trípode compuesto de tres elementos importantes: infatigable consagración al trabajo, valor guerrero probado en muchos campos de batalla y amor á sus ideas políticas nunca desmentido.

SAN GREGORITO, 23 DE DICIEMBRE DE 1862

Este punto se llama San Gregorito, sin duda para distinguirlo de otro que está un poco más adelante, llamado San Gregorio, á no ser que aquél se llame así para distinguirlo de éste. Imposible parece dar con el origen de estos nombres, á no ser que se busque en el capricho de los primeros exploradores ó de los peones.

Ya estamos en pleno bosque primitivo, en floresta virgen, pie en tierra, alpargatas por calzado y báculo de peregrino.

BOGOTA, 7 DE ENERO DE 1863

Tuvieron la pretensión de educarme en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, y ha de sa-

ber usted que ese honroso plantel tuvo siempre el secreto de hacerse amar vehementemente por sus hijos. Yo viví en él durante siete años, y casi no pasa un solo día de mi existencia sin que recuerde con afecto esas venerandas paredes.

El Colegio del Rosario, ó de los blancos, como lo llamó el pueblo de Bogotá, fue fundado á mediados del siglo XVII por el Sr. Arzobispo D. Fray Cristóbal de Torres, y sus Constituciones fueron calcadas con corta diferencia en las que servían á un establecimiento de idéntica naturaleza en Salamanca, donde aquel ilustre Prelado había recibido su brillante educación.

El Arzobispado de Bogotá era de pingües rentas, el Arzobispo muy rico, muy caritativo y de manos muy liberales, por lo cual no sólo el edificio que debía servir para albergue de los estudiantes se fabricó cómodo y de bella apariencia para la época, sino que también sus rentas quedaron aseguradas.

Era el fundador hombre avanzado en años, pero de graciosa y simpática figura, de conversación amena, propenso á chancearse, amabilísimo y culto en extremo. Cuando echaba los fundamentos de esa piadosa y útil casa dijo sonriéndose "que era un medio para restituir á sus ovejas el pasto que les había quitado".

Entre varias curiosas disposiciones de los estatutos del Establecimiento había dos que merecen citarse como importantes: la primera prohibía terminantemente el que fuera recibido como colegial ningún joven que no perteneciese á la nobleza, que tuviese entre sus progenitores la mancha de algún crimen cometido; y la segunda disponía que al tiempo de la recepción de todo alumno éste jurase, entre otras cosas, hacer alguna donación al Colegio **intervivos** ó por causa de muerte.

En el Colegio del Rosario hubo desde el principio ocho ó diez becas para jóvenes pobres, cátedras de jurisprudencia, de medicina y de sagrada teología. Y ¡cosa rara! las bases constitucionales eran con pocas excepciones netamente republicanas. Había Rector y Vicerrector, Consejo de Gobierno, elecciones, derecho de representación y libertad de palabra. Algunos han querido explicar por esto último la circunstancia de que durante la guerra de independencia y el establecimiento de la República muchos de los hijos del Colegio se hicieron notables por su ardor, entusiasmo y patriotismo.

En las reuniones públicas y en las de comunidad con beca, todos los colegiales debían presentarse de riguroso uniforme, que consistía en un bonete negro con dos picos con borlas, chaqueta y pantalón negros, medias y zapatos del mismo

color, ropa de paño negro, beca blanca y el escudo de armas del Colegio prendido en la última y llevado sobre la parte izquierda del pecho. Este vestido estaba en conformidad con el más completo monaquísimo, mitad fraile, mitad clérigo, en que la fisonomía del joven colegial, siempre alegre y festiva, iba enfocada y envuelta por una atmósfera de ascetismo.

Las becas pagadas por el Colegio se ganaban por concurso, y se concedían á quien por voto unánime de la Comunidad se hubiera desempeñado mejor en un examen sobre puntos dados. El opositor privilegiado tenía deber de componer y decir un discurso casi siempre panegírico del fundador, y cuando se pronunciaba el nombre de éste, la comunidad entera, como si fuese movida por un resorte, se ponía inmediatamente de pie, en prueba de respeto y veneración.

Los alumnos del Colegio del Rosario, á pesar de ser, como todas las corporaciones estudiantiles, bullangueros, gozaron siempre, en tiempo de la Colonia, del patronato real, en tiempo de la República de la protección del Gobierno, y siempre del cariño de los notables y de las simpatías de la plebe.

En un principio, poseyó, fuera de fondos cuantiosos en caja, varias haciendas tanto sobre la meseta como en las tierras calientes de los con-

tornos. En el mes de Diciembre se daba asueto de quince días, y otras vacaciones de ocho en el curso del año, destinadas á lo que se llamaba Paseo de Colegiales. En mi tiempo, las vacaciones de Diciembre eran encantadoras, y las empleábamos en todo linaje de holgazanería y paseos al campo, baños en Fucha, el Boquerón y el río del Arzobispo, y visita á todos los belenes.

Alborotábamos horriblemente en las misas de gallo las iglesias de Santo Domingo y Egipto. ¡Pobre pueblo el que elegíamos para el paseo anual! El Colegio suelto por esos campos se parecía á las huestes de Atila en campaña.

La imagen de Nuestra Señora del Rosario, hecha por las manos delicadísimas de D^a Mariana de Austria, mujer de Felipe IV, y regalada por ella al Colegio, era la patrona. Cada año se le hacía fiesta lujosísima, en que el sermón era predicado por el más gentil orador de la capital, y fue entonces cuando yo, aunque muy pequeño, me extasiaba con la elocuencia sobrenatural del Presbítero gaditano Sr. Guerra. Consagrábamos el día á comer, á beber, á brincar y á todo género de travesuras.

El sistema de estudios era sumamente cómodo; de suerte que quedaba mucho tiempo para los entretenimientos y ejercicios juveniles, cosa que á mi entender explica en mucha parte el tierno

recuerdo que todos hacemos de aquel célebre instituto.

Durante mucho tiempo los escolares del Rosario mantuvieron cruda rivalidad con los de San Bartolomé: los segundos llamaban á los primeros **piojos**, sin duda por el contraste de la beca blanca sobre la ropa negra; y los primeros á los segundos **chorizos**, por una especie de rodete que llevaban en una de las extremidades de la beca roja. El antagonismo entre los miembros de las dos casas se trocaba frecuentemente en una ojeriza tal, que producía el escándalo de combates personales entre los jóvenes para sostener el honor de sus banderas. Aunque Santafé recuerda más de una escena bárbara nacida de la enemiga entre los dos Colegios, ello es cierto que al fin redundaba siempre en provecho mutuo, pues la emulación se hacía trascendental á los estudios por esmerarse unos y otros alumnos en ganar la primicia en los actos públicos literarios. No se escapaban de esta especie de celos ni los catedráticos ni los superiores mismos, lo que producía también reyertas de más alta significación, especialmente en tiempo de certámenes.

Sea por efecto de mala administración de parte de los Rectores encargados del cuidado del plantel, ó por motivo de otro género, vino á ocurrir que el Colegio empobreció notablemente, y aun amenazaba caer en bancarrota; y así hubiera a-

contecido á no ser por el vigoroso espíritu de corporación y por el cariño y celo de sus hijos. El Sr. Masústegui puede ser considerado como segundo fundador del Rosario, y el Sr. Valenzuela y el Arzobispo Caycedo como sus grandes benefactores.

Por el aspecto de las luces, nuestro Colegio alcanzó todo lo que era dable alcanzar en este país, y sus recuerdos históricos son dignos de orgullo y lisonjeros para la Patria. Todos los grandes nombres nacionales tienen representantes honrosos en los Rectores é hijos del Rosario: los Ponces de León, los Mosqueras, los Lamadrides, los Caycedos, Caldas, Castillo Rada, Nariño, Camilo Torres, Ignacio Herrera, Cabal, Duque Gómez, Núñez Conto, Lozano y doscientos ó trescientos más nobles personajes, llevaron sobre sus hombros la beca blanca.

En el recinto del Rosario pasaron las últimas horas de su existencia Caldas, la Pola y muchas otras de las víctimas inmoladas al furor y saña de los españoles.

Mi primera visita, y creo que la considerará usted natural, fue, pues, para mi vieja habitación. Entré por la casa rectoral y llegué á la sala del mismo nombre, en donde están reunidos los retratos de todos los grandes hombres mencionados y algunos otros. Como jamás, durante mis tareas literarias estuve en ese salón sino lleno de respeto

y recogimiento, penetré destocado. Unos señores que trabajaban en el trazado de las cartas corográficas de la Unión me recibieron con mucha cortesía y me instaron á fin de que dejara mi sombrero en la cabeza. Lo visto hasta allí me contristó, porque no hallé sino señales de decadencia; pero al seguir adelante mi tristeza vino á ser más profunda, porque me parecía que andaba aún en mis viajes por las costas meridionales del Pacífico, y que abordaba en aquel momento á una de las islas huaneras del Perú: tal era el cúmulo de inmundicias de que estaban llenos los cuartos, las galerías y hasta el patio principal.

Lo anduve todo, á pesar de la melancólica y dolorosa impresión que la diferencia de tiempos y estado de mi Colegio me provocaba. El silencio era profundo, y el lugar en que yo había visto durante siete años las figuras activas y llenas de vigor de José Duque Gómez, Juan Nepomuceno Núñez Conto, Patrocinio Cuéllar, Pedro Antonio Restrepo, Leonardo Canal, Juan Agustín Uricoechea, Pedro Gutiérrez Lee, Antonio María Pradilla, Ricardo de la Parra, Rafael María Giraldo, Francisco Eustaquio Alvarez, Januario Salgar, José María Vergara Tenorio, Antonio Vargas Vega y tantos otros que, ó se ha tragado la tumba, ó el mundo lleva envueltos, como á mí, en sus borrascas, no me mostró por único habitante sino un enorme gabilán, seria y gravemente posado sobre una de las barandas del claustro.

Motivos habría más que suficientes para que yo me extendiera en recuerdos hipocondríacos sugeridos por la situación; mas tuve por conveniente volver la espalda y dar por terminada mi visita.

Hasta el año de 1840 poco más, poco menos, las Constituciones del Rosario fueron mantenidas en plena vigencia y en conformidad con la voluntad expresa del fundador, por todos los Gobiernos de esta tierra.

Pienso que hoy llaman el Colegio del Rosario, Escuela Militar. No hay como nosotros los colombianos para esto de poner nombres altisonantes. Escuela Militar, Museo Nacional, Escuela Politécnica, Ateneo, Academia de Medicina, Oficina del Crédito Público, Sociedad de Naturalistas Neogranadinos, Liceos, Sociedad Filarmónica, etc.: cubiertas pomposas con que disimulamos nuestra ignorancia, nuestro atraso y nuestra miseria.

El establecimiento de casas para educar á la juventud en corporación tiene, como casi todos los negocios de este mundo, sus ventajas y sus inconvenientes. El lado bueno, que sin duda alguna se buscaba en los primeros tiempos de la colonia para la fundación de estas obras, era procurar el comercio de ideas, promover la discusión ó procurarla con la competencia y hacer brotar la chispa de luz con el roce del pensamiento. Eso se consiguió en gran parte; pero no quiero entrar en divagaciones sobre el plan de estudios.

No soy antagonista sistemático de todo lo que hicieron nuestros progenitores. Por el contrario, ocasiones habrá en que examinando con justicia é imparcialidad sus originales costumbres, ponga enérgicamente mi dedo para llamar la atención sobre algunos puntos que hagan ver distinta la faz noble y honrosa de la humanidad.

BOGOTA, 8 DE ENERO DE 1863

Se echaron los fundamentos de esta ciudad, como usted sabe, por D. Gonzalo Jiménez, primer descubridor y conquistador del que se llamó Nuevo Reino de Granada. Ocurrió esto en mil quinientos treinta y ocho, á seis de Agosto. Su progreso se obtuvo con rapidez, especialmente en lo material, y tanto que los más antiguos escritores sobre la historia hablan ya de los cuatro barrios que tiene el lugar.

No pretendo explanarme en pormenores sobre acontecimientos y vicisitudes referentes á esta capital. Ellos están consignados hábilmente en muchas y muy buenas obras sobre la materia. Aspiro solamente á hacer como los golosos: probar un poquito de todo, á medida que la ocasión se presentare.

El área de terreno sobre que descansa la ciudad parece que servía como sitio de recreo á sus viejos propietarios, con el nombre de Teusaquillo.

Su elevación sobre el nivel del mar es considerable; el frío de la temperatura, intenso; el aspecto físico, de belleza imponderable.

La mayor parte de los edificios de alguna importancia son obras de los siglos diez y seis y diez y siete. Los siglos diez y ocho y diez y nueve han refeccionado bastante, pero han construído poco nuevo.

Salvo algunas casas de reciente construcción, fabricadas con exquisito gusto, pero que no han extendido el perímetro del poblado por estar en el sitio de recientes demoliciones, todo el resto tiene el aspecto vetusto de muchas de las ciudades castellanas. El caserío en general es de mezquina apariencia, las calles bastante estrechas y no todas cortadas en ángulo recto, como lo habría permitido la excelente topografía del suelo.

Aunque no de gran magnificencia, hay en Bogotá varios edificios notables. Le corresponde primer puesto á La Catedral, que se halla en la Plaza de Bolívar. La iglesia de San Carlos, el Colegio de San Bartolomé, la iglesia de Santa Clara, el Observatorio, el Convento de San Francisco y el mercado público, fijan un poco la atención del viajero.

Por regla general todas las ciudades erigidas por nuestros antepasados sobre el espinazo de los Andes, son de pésima catadura, mirándolas por el

lado del aseo. A este respecto Bogotá no se deja vencer por otra. La Paz, el Cuzco, Quito, Pasto, Tunja, etc., son especies de muladares, propios más bien para albergue de cerdos que para asilo de seres humanos.

Los extranjeros europeos, los americanos de todas partes y los granadinos de los diversos Estados de la Unión, todos, con muy frecuentes excepciones, caen á la sombra del Guádalupe y del Monserrate, y quedan como remachados, porque efectivamente las ventajas físicas de Bogotá son grandes y numerosas: cielo limpio, aire sutil y salubre, agua purísima, terreno feraz, temperatura agradable, abundante alimentación, excelentes frutas, riquísimo pan, buenos caballos, paseos pintorescos, sociedad culta y agazajadora, y, sobre todo, para los jóvenes un grupo de lindas y chispeantes muchachas capaces de dar al traste con el casto sistema de Jenócrates.

Casi nunca ha habido policía por estos lados; pero en cambio de eso llueve bastante y abundan los gallinazos. Quite usted á estos buenos barren-deros, aumente dos o tres grados la temperatura y deje las tradicionales inmundicias, y, palabra de honor, las lagunas Pontinas y la desembocadura de Misisipí serían infinitamente más sanas.

Abunda Bogotá en hombres sumamente espirituales y chuscos en la conversación. Los perió-

dicos publicados por acá contienen con frecuencia artículos humorísticos de inimitable donaire. El bogotano tiene en sí el genio del sarcasmo y de la sátira fina, y como la Metrópoli es absorbente de inteligencias, todos los Estados de la República han contribuído y contribuyen á engrosar esa falange de zoilos que tremola orgullosa y con bríos la bandera de la murmuración. Los hombres, por lo general, son tratados sin misericordia; pero ellos al fin son hombres, en tanto que las hembras siem-ten con frecuencia resbalar agudo y ponzoñoso el diente de la mordacidad sin poderse defender.

El Dr. Miguel Tobar comparaba la República á un cuello tieso y decía: "Véanla ustedes: la pisan en un extremo y se mueve en todas partes".

Gonzalón es una celebridad del día. Hombre largo, desvencijado y con pescuezo de jirafa. Se encontró un día con Salomón Uricoechea, sujeto gordísimo, de cara muy ancha, de cuello corto y que sin duda ninguna se creía de mucho mejor inteligencia que Gonzalón, cuya apariencia lo coloca en la clase de esa fecunda familia que por estos mundos se conoce con el nombre de **paparotes**.

—Adiós, pescuezo de violín, dijo el segundo al primero.

—Adiós, violín sin pescuezo, respondió el primero imperturbablemente.

Zenón Padilla, Gobernador, es un Napoleoncito en cuanto á demoliciones y apertura de calles. Las **guarichas**, que también muerden un poco, lo llaman **el terremoto de Las Nieves**. Padilla preside su obra; pasa González, se le detiene como de costumbre, y se le interroga:

—¿Cómo encuentra usted esto?

—Muy bello.

—¿Y las calles nuevas?

—Magníficas. Y me gusta la idea de que haya bastantes, para que tengamos donde vivir, porque así como así todos hemos de quedar en la calle. Era todavía el tiempo de la revolución.

Hoy he tenido el gusto de recibir en casa al ilustre antioqueño **José Manuel Restrepo**, autor de la **Historia de Colombia**. Es persona verdaderamente respetable y de mérito. El Sr. Restrepo nació a fines del siglo último en Envigado, de una familia de origen puro y de admirables costumbres. Adquirió sus primeros conocimientos en Bogotá, y la guerra de independenciam le halló, muy joven todavía, en el país natal. Entregado todo entero al cultivo de las letras y al servicio de su Patria, obtuvo sucesivamente altos y honoríficos puestos: fue Secretario del Dictador Corral, y con frecuencia Diputado á los Congresos, por su Provincia.

Organizada Colombia con un Gobierno regular, se llamó á Restrepo para que desempeñase una Secretaría de Estado y colaborara con el Libertador y con el General Santander, de quienes era amigo personal, en los trabajos gubernativos de entonces.

Disuelta la gran República de Colombia, desempeñó con lucimiento un cargo diplomático cerca del Gobierno del Ecuador.

De regreso á Bogotá fue empleado como Director de la Casa de Moneda, destino en el cual ha permanecido hasta hace poco tiempo. Hoy, avanzado en años y enfermo, trabaja sin descanso y lleva con el día los anales de la Patria.

Cuando era muy joven escribió una memoria sobre la geografía y la estadística de Antioquia, obra que contiene cosas superiores á la época en que se compuso.

Después, cuando Colombia estaba en punto de dividirse, hizo aparecer su historia en ocho volúmenes pequeños, que fue mal recibida porque adolecía de varios defectos, entre los cuales el influjo de ciertas pasiones políticas no era el menor. A esto debe agregarse el desaliño del estilo y la pobreza filosófica.

A pesar del mal éxito de sus primeros intentos como historiógrafo, este personaje, de estricto

ta conciencia y pertinaz, no desmayó. Antes por el contrario, favorecido por la naturaleza de sus diarias ocupaciones, se entregó con actividad fervorosa al cultivo de su espíritu, al aumento de sus luces y á la mejora de su obra predilecta, considerando como base su primer ensayo.

Recuerdo un incidente de mi vida de estudios, que pinta claramente el celo y tenacidad con que este distinguido sabio perseguía el adelanto y perfección de su trabajo. Vivía yo en una casa fronterá á la suya, que es la de Moneda, y todas las noches, hasta las once ó las doce, divisaba al través de las vidrieras de su gabinete la venerable cabeza del anciano inclinada sobre un montón de documentos, y su mano armada de una pluma, corriendo infatigable sobre el papel.

Aunque escribir la historia de nuestra revolución fuese la idea predilecta y dominante de esta lumbrera americana, no descuidó jamás el esmerado cultivo de otros ramos importantes del saber humano: así que es docto en política, matemáticas, botánica, geografía y agricultura.

Algo se había escrito acerca del mérito de su grande obra sobre Colombia; pero quizá no todo lo que este imperecedero trabajo merece. Es incalculable la suma de paciencia y de consagración empleadas para recoger y ordenar todos los documentos que debieron revisarse, estudiarse y criti-

carse para el complemento de aquella obra. Al leer los cuatro grandes volúmenes de que ella se compone, se adquiere el más profundo convencimiento de que sólo un hombre especial y de discretísimo ingenio ha podido hacer frente á tan pesada y difícil labor. Los hechos heroicos y gloriosísimos de nuestra magna guerra necesitaban un talento rico, variado y paciente para que se les narrase con exactitud excelente, y ese talento se encontró, pues el libro del Sr. Restrepo es una cumplida historia.

El estilo es sencillo, culto y severo. Carece, es cierto, de esa exquisita sensibilidad que convierte los episodios históricos en vuelos de poesía; de ese ardor entusiasta que empapa la paleta del pintor en tintes de fuego, y de ese espíritu sagrado de la juventud, que convierte en romance la crónica. Pero en cambio, cada palabra pinta un hecho, cada frase una escena, y en cada capítulo una gran lección. El libro entero, frío a veces, exacto siempre, fiel sin intermisión, saca sus propias ventajas de esa prosa sostenida y de esa filosofía permanente que alcanza en sus caracteres la solidez de las ciencias exactas.

Nada asevera el autor sin apoyarlo en documentos fehacientes; y tanto, que uno que otro cargo hecho pública ó privadamente contra la fe del escritor, ha sido al instante mismo desbaratado por la verdad. Hoy las pasiones quitan mu-

cho la importancia de este glorioso monumento de nuestros anales, pues varios de los hombres protagonistas en el drama bosquejado, viven aún y critican; pero cuando la generación presente haya desaparecido, cuando la posteridad haya fundado el imperio de la justicia, entonces esta tierra tendrá noble orgullo por la obra que menciono, y su autor alcanzará, sin duda, el premio que se otorga á los escritores beneméritos.

Usted sabe que Tucídides escribió la historia sobre la guerra del Peloponeso, que él mismo había presenciado, y que su libro, que ha servido siempre de texto en las escuelas griegas y romanas, se reputa como una de las obras clásicas de más brillo y nombradía. Se me antoja que la suerte literaria del Sr. Restrepo es semejante á la de aquel ilustre griego. Obrero infatigable en la causa de nuestra emancipación, él vio uno por uno todos los acontecimientos surgidos del seno de aquel formidable movimiento. Casi no puede comprenderse cómo una sola cabeza y una sola mano hayan podido abarcar con habilidad tantos elementos dispersos, tantas campañas aisladas, tantos encuentros, acciones, batallas, leyes, providencias, accidentes, reveses, triunfos, peligros, vacilaciones, etc., con soberana maestría, cuando todo aquello pasaba en un inmenso territorio y con circunstancias difícilísimas de atender. Causa verdaderamente admiración ver surgir los aconteci-

mientos de Colombia bajo la pluma del Sr. Restrepo con la misma regularidad, orden y acierto con que un diestro pastor conduce por los campos un manso rebaño de corderos: ni uno solo se desvía, ni uno solo se pierde, ni uno solo se atrasa, ni uno solo se adelanta. Hay un historiador español (Mariana) que anduvo antes por camino semejante. Como él, nuestro compatriota será leído y reverenciado por las más remotas generaciones. El antioqueño de quien hablamos no es verdaderamente un hombre de Plutarco, porque es Plutarco mismo. Lea usted su historia y medítela bien.

El Sr. Restrepo frisa hoy en los ochenta años. Es alto de cuerpo, recto de apostura, delgado, con cabeza blanca, nariz larga, ojos lánguidos y hablar tardío, de pensamiento limpio y fácil, de carácter tímido, de maneras exquisitas, metódico y sencillo de costumbres.

BOGOTA, 9 DE ENERO DE 1863

Esta vida es un soplo; pero en ese soplo presencia uno muchas cosas, buenas unas pocas, y malas la mayor parte. Estoy bastante viejo, y si para acreditarlo necesitara referirle hechos anti-
quísimos, al punto daría la prueba. Ya que estoy en la metrópoli de la República, permítame emplear una parte de esta carta en reminiscencias de lo pasado. La memoria de los hechos remotos y la facultad de comunicarlos forman uno de los

consuelos á la desgracia de haber vivido largo tiempo.

Conocí al General Pey, especie de antigüedad egipcia que firmó, siendo ya proyecto, el acta de nuestra independendencia nacional. Es el solo hombre á quien haya visto yo con los atavíos vestimentales del tiempo de la colonia. General de la Patria Boba, lo fue sólo **in nomine**, y acaso porque no hubo otra cosa mejor que hacer.

Vivía en esta ciudad de Santafé, allá por los años de mis estudios, un anciano ya octogenario llamado Ignacio Herrera. Era hombre de alta talla, un poco encorvado, moreno, y vestía siempre largo levitón de paño burdo de color café. Llevaba de ordinario una mano sobre la cintura, un poco hacia la parte posterior, con la palma vuelta hacia atrás, y con un polvo de rapé entre los dedos para sorberlo con mucha frecuencia. Su rostro era cetrino, su nariz regular, sus ojos grises y chispeantes, y su ademán, desde los talones hasta la cabeza, todo entusiasmo, energía, vitalidad y fuego.

Cito á este sujeto, por haber sido el hombre á quien he oído producirse con más calor sobre las excelencias de la libertad, de la emancipación y de la República, aunque también es cierto que sus principios demagógicos rayaban en lo inaceptable.

Nacido el Dr. Herrera en Cali, y educado en Bogotá, nuestra magna guerra lo encontró desde el principio como obrero infatigable.

Los españoles, para castigar las opiniones avanzadas del Sr. Herrera, lo cogieron y sepultaron durante siete años en uno de los calabozos del castillo de San Felipe, en Puerto Cabello. El remedio no fue eficaz, porque ese hombre salió de allá con su alma todavía más entera y más romana que antes.

Su réplica iba siempre apoyada en algo; su fuerte era el Derecho Canónico, materia en la cual citaba á cada triquitraque. Además del Derecho Canónico, gozaba de vastísima instrucción en otros ramos: conocía varios idiomas, la filosofía aristotélica le era sumamente familiar; picaba algo en ciencias naturales; hablaba con precisión sobre política, geografía y teología; pero en lo que se mostró más compacto y sólido fue en sus creencias y esperanzas republicanas.

Sería muy largo de contar todo lo original y extravagante que corre entre la gente respecto á este sujeto; mas como no escribo biografías sino perfiles, pasemos á otro.

EL GENERAL SANTANDER

El General Francisco de Paula Santander nació en Cúcuta, y recibió su primera educación en

el Colegio Seminario de San Bartolomé de esta ciudad. La segunda la adquirió en los campamentos, en los libros, en las tertulias, en los viajes y en el bufete.

Cuando Santander entró en la carrera militar era un joven de bellos carrillos, vivaracho, festivo y además estudiante aprovechado. Hombres mejor colocados que él, le vieron sin celos cuando apareció en la vida pública; pero á todos los dejó atrás de él, salvo al Libertador, por haber vivido éste más aprisa y brillantemente que todos los otros.

La parte gorda de las campañas de este personaje estuvo en los Llanos de Casanare. El General Bolívar, en el año de mil ochocientos diez y nueve estaba con su ejército en Apure, rodeado, como se sabe, por un número de expedicionarios muy superior á la fuerza que él mandaba. Debía el héroe tomar cuarteles de invierno, porque la continuación de la guerra se embarazaba con las lluvias. El Nuevo Reino de Granada está quieto y silencioso, tendiendo humilde la mano para recibir el golpe de la pesada férula del Virrey D. Juan Sámano; no se mueve paja; el genio de América, es decir, D. Simón Bolívar, burlando la vigilancia del enemigo, se desprende con una parte de su ejército de las anegadas orillas de Apure, dejando su brazo derecho á Páez, para que haga frente á los españoles; el Libertador atraviesa el

Meta; pasa casi á nado con toda su gente por las inmensas planicies de Casanare; se pone al pie de la cordillera de los Andes; asciende sus declives orientales; combate y triunfa en Paya; vence en Gámeza; lidia en Vargas y en Corrales: gana la célebre victoria de Boyacá: toma á la capital. ¡Todo esto en poco más de cuarenta días! No sé si las campañas de César, si la célebre de Aníbal al traspasar los Alpes, ó alguna otra hazaña de las con que se engalana la historia universal, es superior a ésta; pero creo que no.

Dí en esto, porque Bolívar, al pasar por Casanare, encontró en Tame con el General Santander y el padre Mariño, quienes, con una poderosa fuerza, se le incorporaron, lo que hizo que el primero se hallase en todos los encuentros y llegara á Bogotá con mucha fama.

En Santander veo más al organizador civil y al hábil político, que al guerrero; pues aunque siempre se portó decorosamente en los campos de batalla, su tino para mandar, no el valor para vencer, es lo que cautiva mi admiración.

Sus trabajos en los Llanos fueron por lo menos una tercera parte en la libertad del Nuevo Reino.

Cuando el Libertador, siguiendo los rayos luminosos de su estrella, marchó al Sur en requerimiento de la libertad, y cuando por consecuencias

de la batalla de Pichincha, la gran Colombia se levantó gigantesca permitiendo al héroe obsequiar á otros pueblos con nuevas nacionalidades, entonces, mientras las huestes colombianas se paseaban victoriosas por todo el territorio del Perú, Santander, adolescente aún, guiaba con mano firme y segura, cabeza clara y corazón entero, los destinos de la República. Fue ese un período memorable para la América española y para el hombre á quien bosquejo someramente.

La tarea política de Santander estuvo siempre llena de obstáculos y de dificultades; pero su ingenio supo vencerlos constantemente, y logró extender la fama de su país muy fuera de sus confines. Hay pocos ejemplos de hombres públicos que hayan consagrado de manera tan espontánea y absoluta toda su existencia al servicio de una causa. Atender á las exigencias del ejército grande que batallaba en el Perú; neutralizar con destreza y buen éxito la organización quisquillosa y enfermiza de Bolívar; satisfacer las pretensiones encontradas de los hombres de sable y de lanza; burlar las maquinaciones de tanto abogado intrigante; recibir con ánimo sereno y frío la calumnia que, incesante, se cernía sobre su persona; proveer copiosamente á todas las exigencias de los diversos ramos de la administración; dirigir con habilidad la diplomacia; obtener recursos monetarios; arrostrar los acontecimientos de una

guerra sin tregua; destruir astutamente los manejos ocultos y públicos de sus émulos, y guiar sin que zozobrase la nave de un Estado infantil sobre las olas embravecidas de un mar tan lleno de escollos, era asunto supremamente difícil; y sin embargo, el General Santander supo desempeñarlo cumplidamente, como después de él á ningún otro le ha sido dado.

No tenía el Vicepresidente de Colombia mucho cariño por la persona de Bolívar, y eso fue causa de que en el año de veintiocho se le considerara, con motivo ó sin él, como autor de la insensata intentona del veintiocho de Septiembre. Por consecuencia de aquel suceso, Santander fue proscrito de Colombia, viajó por los Estados Unidos y por varias partes de Europa, y no regresó al suelo natal sino cuando el voto de sus conciudadanos lo hubo llamado á desempeñar la primera Magistratura de Nueva Granada. Sus viajes fueron provechosos para él y para la República.

Contra ningún hombre he oído y visto hablar y escribir más atrevidamente que contra éste. Pero en cambio no he conocido á ninguno que tratara con más desdén á sus enemigos. Apodosos soeces, burlas, sarcasmos, dicterios, epigramas, versos satíricos; todo lo más bajo y ruin se empleaba contra él, y á todo respondía con una chanza ligera, con una sentencia, con una sonrisa de menosprecio. Dicen que el General Borrero le mató con un

discurso pronunciado contra él en pleno Congreso. No lo creo: no era Santander hombre que muriera por semejnate bicoca, y yo, que fuí testigo presencial, aseguro que si por causa de discurso hubo de perecer alguno, ese debió ser su antagonista por la réplica recibida por él al día siguiente. Murió Santander de una enfermedad calculosa del hígado, producida sin duda alguna por el predominio bilioso de su temperamento, por las penalidades de la campaña y por un trabajo de gabinete excesivo; porque está dicho que "el trabajo perfecciona al hombre y mata al sabio".

Era un poco desaliñado en su traje, llevaba casi siempre las telas ordinarias y baratas fabricadas en el país con el objeto de animar la industria; mas, á pesar de todo esto, era una gallarda y simpática figura la del General, un poco obeso en sus últimos años, pero de porte majestuoso. Peinaba siempre los escasos cabellos trayéndolos laterales con gracia y cimetría hacia las sienas y llevando los anteriores hacia la cima de la cabeza; los bigotes le caían con orden sobre el labio inferior; las mejillas eran ricas de sangre; los ojos grises; la nariz aguileña, y los movimientos, en general, acompasados, lentos y de soberana nobleza.

Este retrato es el de un personaje serio, grave y austero, y así era efectivamente en lo exterior. Mas había un no sé qué, una ligera sonrisa

en las comisuras de los labios de aquel hombre, que me parece explica — por su constancia — el secreto de su permanente amabilidad. Sus compañeros de Gobierno lo estimaban; sus enemigos, que fueron siempre muchos, lo detestaban de todo corazón, sin dejar por eso de respetarlo; el pueblo en general lo quería, porque en fiestas, en reuniones públicas y en otras ocasiones se hombreaba y hermanaba delicadamente con él.

No sería del caso, atendida la estrechez de tiempo en que estoy, un juicio crítico sobre el administrador y el estadista; sin embargo oiga Ud.:

Santander fue justamente llamado por el Libertador **el Hombre de las leyes**; y no es poco elogio, porque además de ser cierto, el tiempo que mandó era casi incompatible con la justicia.

Santander fue reformador, y sus reformas son quizá las únicas genuinamente liberales que haya visto esta tierra. Y es gracia que este hombre hubiera salido de la independencia para meterse en la libertad, porque no estaba en el programa de su época.

Nosotros hemos proclamado y practicamos, tanto en lo moral como en política, el derecho de ensayo, por mayor y por menor; y es cosa notable que los ensayos del tiempo á que me refiero, sean los menos chocantes y los menos opuestos al buen sentido.

M E D E L L I N

(Esta es la 3ª parte del libro "Colón, América, Medellín" publicado en 1892 por el doctor Manuel Uribe Angel).

Así como América nos vino de Colón, Medellín nos viene de aquélla, por ser una de sus hijas.

Corta es la importancia que alcanza en la época presente nuestra querida ciudad; pero así y todo, por ser esta festividad antioqueña y colombiana en el fondo, quiero describir con entera sencillez este lugar, y para ello me valgo de la forma epistolar.

Medellín, 21 de Junio de 1892

Sr. D. Isidoro Laverde Amaya - Bogotá.

Estimado señor y compatriota mío:

En cumplimiento de la promesa que hice á Ud. de suministrarle algunos datos relativos á la situación presente de esta ciudad de Medellín, quiero escribirle mi primera carta.

Como todo lo que acontece en el orden físico, ha de verificarse en punto determinado de la tierra, he creído siempre que cuando se trate de narración histórica, conviene mucho, para facilitar

la inteligencia de los lectores, presentar primero la topografía, y entrar luégo en la enumeración de los hechos. Formar la topografía equivale, en mi opinión, á disponer el escenario, adornándolo con sus decoraciones naturales. Esto, aunque de difícil ejecución para pluma tan menesterosa como la mía, es lo que intento practicar por ahora, á fin de poder entrar más tarde en pormenores.

La luz del sol, que reputo como más poderosa para alumbrar una comarca, que la luz eléctrica, su hija, para iluminar un teatro, es la que debe servirme para poner de manifiesto á los ojos de Ud., los elementos componentes del valle de Aburrá, donde se extiende la capital del Departamento de Antioquia. Concurra Ud. con el pensamiento, hágame compañía, déjese guiar por mi experiencia, y de este modo podrá darse cuenta de los toques de luz y apretones en el cuadro que Ud. debe ofrecer á sus lectores.

Si nos colocamos en punto eminente, la torre de nuestra catedral, por ejemplo, y dirigimos la vista al Sur, para orientarnos, tendremos forzosamente el Este á la izquierda, el Oeste á la derecha, y á nuestra espalda el Norte.

Ahora bien :si desde un sitio meridional hacemos girar nuestras miradas sobre cada uno de los puntos que limitan en altura á las cordilleras que forman el valle de Aburrá ó Medellín, tendre-

mos que, principiando por el alto de Santa Isabel, le seguirá al Oriente el Astillero y luégo el de San Luis. Andando para el Norte, sobre la cordillera de Las Palmas, se ofrecerán San Sebastián, Tablazón, Santa Catalina, la Meseta, Santa Elena, Piedras Blancas y Granizal. De este último, pasando por elevación la hoya del Medellín, y ascendiendo por Guasimal, llegaremos á las cumbres de Medina, Quitasol y Angulo, para continuar después al Sur, dejando por orden las alturas de Delgadita, Ovejas, Maruchenga, Gallinazo, Sabana Larga, Boquerón, Astillero (bis), Montañita, Barcino y Romeral. De aquí en adelante, si desviamos al Este, volveremos á pasar el Medellín por el Ancón, y tomando la cresta de una cordillera subalterna, ascenderemos á Morrón y Romera, inmediatos á Santa Isabel, punto de partida.

Por esta excursión imaginaria queda trazado un óvalo, cuyo relieve más aparente corresponde al conjunto de las cumbres montañosas enumeradas: circuito que da campo para consideraciones de geografía física de cierta importancia.

Del primer Astillero mencionado y del San Luis, brotan fuentes que dan nacimiento al riachuelo Ayurá, el cual, después de correr al Norte y de pasar por la villa de Envigado, deposita sus aguas en el Medellín.

Entre las moles de Granizal y el Chuscal nace el riachuelo Piedras Blancas, que tributa sus a-

guas al Medellín, en Copacabana, en cantidad aproximadamente igual á las del Ayurá.

De los cerros Quitasol y Delgadita nacen aguas que forman el riachuelo García, cuyo curso inclinado á Oriente termina cerca de Bello. En la cima de Maruchenga tiene origen el Hato, que, con el García, riegan los campos de lo que antes se llamó Hato Viejo.

De Sabana Larga y Astillero (bis) salen vertientes que, por su reunión, constituyen las cabeceras del Iguaná. Este, tomando curso oriental, desagua en el Medellín, casi enfrente del Santa Elena, que á su turno rueda en dirección contraria, desde los altos de San Ignacio, Perico y el de su mismo nombre.

Del alto de Canoas desciende sobre el valle la Doña-María, que rinde su tributo al mismo Medellín, faz á faz de Envigado; y en fin, para acabar la enumeración de estas corrientes de agua, mencionaré el raudal llamado la Doctora, que divide en dos partes la rinconada de Sabaneta, antes de caer en el Aburrá.

Será fácil para Ud. comprender que si cada uno de esos riachuelos arrastra copia de agua equivalente á la que puede contener el río Tunjuelo, al Sur de esa Capital, necesitan de modo indispensable que de lado y lado de las cañadas que recorren les lleguen aguas de vertederos,

fuentes y raudales que nazcan en los flancos de las montañuelas que los encajonan. Y así es la verdad, porque si tratara de enumerar todas esas corrientes elementales, no acabaría, por ser casi incontables.

Dicho lo anterior, ruego a Ud. procure mirar desde allá el efecto que ese sistema hidrográfico debe producir sobre el aspecto que toman todos esos declives montañosos bajo la influencia de tal disposición geológica. En efecto, pienso que Ud. verá, como estoy viendo yo, faldas plegadas por ondulaciones de terreno, con planos inclinados que dan asiento á fértiles dehesas, á reducidas pero pintorescas praderas y á campos cultivados, de los cuales la selva virgen ha desaparecido definitivamente en los 25 ó 30 últimos años, tiempo que Ud. ha pedido para que á él reduzca mis observaciones de hoy.

Las dos cordilleras que circundan el valle de Aburrá, elevan sus alturas mayores 2.000 y hasta 2.500 metros sobre el nivel del mar, por lo cual se comprende que el frío debe ser intenso en algunos de esos parajes; y tanto lo es, que con frecuencia el agua se congela en épocas de verano, cuando por ser las noches sumamente despejadas y la atmósfera diáfana, la irradiación del calor terrestre es rápida y activa.

El óvalo delineado forma una especie de cenefa, rota de trecho en trecho, para dar paso á

las aguas susodichas. Por lo demás, las vistas que esas cimas presentan al espectador son de gran suavidad, porque los segmentos de circunferencia no tienen ángulos agudos ni entrantes. No hay en ellos ni picachos abruptos, ni escarpas precipitadas, ni altos farallones: la línea curva domina en todo ese borde, y en manera tal, que, mirado de lejos, se siguen sus variaciones, sin choques y siempre con agrado.

Si á lo apuntado agrega Ud. que las faldas de esas cordilleras, contempladas desde el valle, en mañanas y tardes claras, se divisan llenas de población condensada, habitadora de casas blancas y relucientes, cubiertas de tejas; que reducidos rebaños, bien mantenidos, pastan en los campos, y que el maíz, el plátano, la caña de azúcar, la yuca, la arracacha y árboles frutales de muchas especies, revelan por todas partes esmero agrícola y economía doméstica, convendría Ud. conmigo en que el espectáculo, si no brillante y conmovedor, como diría alguien, sí es por lo menos agradable y bello, sin quitarle las condiciones de lo bueno y lo útil.

De la cúspide de una montaña llamada San Miguel, situada un poco al Sur de la cabecera del Distrito de Caldas, nace el río conocido por Aburrá en tiempo de la conquista, y hoy Medellín; corriente que conserva este último nombre hasta en frente de la desembocadura del río Porcecito,

en donde cambia por el de Porce hasta las Dos Bocas. Recibe en este punto las aguas del Nechí, para correr bajo esta denominación al Cauca y entrarle un poco más arriba de Margento, pueblo de nueva fundación.

NOMBRES INDIGENAS

Le hago notar, por vía de digresión filológica, que los antiguos indígenas habitantes de la región antioqueña eran muy dados á terminar las palabras de su idioma en vocales, acentuadas ó nó, según distintos pareceres. Yo me inclino á pensar que todas esas voces que quedan hoy tanto en Antioquia como en otras regiones colombianas, llevan acentos en sus últimas sílabas y son, por lo mismo, agudas. Por eso prefiero Murri, Titiribí, Ochali, Neguerí, Amagá, Ayurá, Itagüí, Cocorná, Sinú, Sinitabé, Facatativá, Cucunubá &, a Murri, Titiribi, Ochali, Negueri, Amaga, Ayura, Itagüi, Cocorna, Sinu, Sinitaba, Facatativa y Cucunuba &ª, y por eso digo Aburrá en lugar de Aburra. Agregó, como razón para fundar mi creencia, que en las voces que han quedado y de que se valen los pocos indígenas que tenemos, el acento carga siempre en la vocal. Así Domicó, Majoré y muchos otros apellidos. Además, y siempre como digresión, diré a Ud. que Ayurá, en lengua de indios, tanto quiere significar como **perico ligero**, por ser muchos los animales de esa especie que hallaron

los conquistadores en las orillas del riachuelo, al tiempo del descubrimiento.

Doctora se llama el raudal que atraviesa la rinconada Sabaneta, como indiqué antes, y eso, según la versión común, porque allí vivía un Sr. D. Vicente Restrepo, quien dio en la atención de tener en su familia cuatro Doctores: D. Cristóbal, D. Carlos, D. Javier y D. Félix, digno colaborador el último de D. Juan del Corral, cuando el año de 14 proclamó por ellos la emancipación de los esclavos. Probablemente el pueblo, viendo tantos Doctores reunidos cerca de aquella corriente, dio en llamarla **Doctora**, y así se llama hoy, bien que el Sr. Dr. Félix de Restrepo no nació en Envigado, sino en lo que es hoy territorio de la América ó Granja, cercanías del riachuelo Iguaná, próximo á Medellín.

Terminado este desvío, vuelvo á la descripción de nuestro valle y sus contornos.

Línea imaginaria que úna por elevación el cerro de Santa Isabel al Sur, con el de Quitasol al Norte, por la parte media de cada uno, puede ser considerada aproximativamente como brevísima parte del meridiano terrestre, puesto que para probar la posición astronómica de esos dos parajes, bastará decir que en la dirección del primero vemos la Cruz del Sur levemente inclinada al Ocaso, y en la del segundo la Osa Menor: estre-

llas entre las cuales se destaca la Polar con elevación sobre el horizonte de grados que corresponden á la latitud del valle.

Si calculamos ese diámetro y hacemos caer sobre él, de modo que lo corte perpendicularmente, otra línea, paralela al Ecuador, tendremos que la primera, bien medida, da á la ciudad de Medellín 6° , $8'$ y $16''$ de latitud, y que como el meridiano de Bogotá no está muy lejos al Oriente, quedaremos separados de él solamente por 1° , $34'$ y $30''$ de longitud occidental. Por otra parte, como la altura de nuestra capital sobre el nivel del mar sea de 1.479 metros, resulta que tiene $20''$ $5'$ de temperatura media, y calor relativo que á la sombra puede bajar hasta 15° en los días fríos del invierno, y ascender hasta 25° en los días más sofocantes del verano: lo que prueba que, vista en ese punto nuestra comarca, disfruta de clima delicioso, en el cual ni el frío incomoda ni el calor ofende.

La línea supuesta de Santa Isabel á Quitasol mide, poco más ó menos, 28 kilómetros de Sur á Norte, y otra línea, también imaginaria, de Oriente á Occidente, desde el alto de Santa Elena al de Montañita, puede medir 14; de manera que, tomando por base esas dos líneas, se tendrá un perímetro de 69 kilómetros y una superficie total de 30.787 hectáreas: circuito bastante importante si se atiende á que todo él, en su parte doblada y llana, es feraz y pintoresco.

Los vientos principales que reinan en este valle, son cuatro: del Norte, que penetra por la hoya del Porce; del Oriente, que nos viene de Cundinamarca y Tolima; del Sur, procedente del alto valle del Cauca; y del Oeste, emanado de los bosques del Chocó. El más fijo de esos vientos es del Norte, que reina constantemente en las épocas de sequedad atmosférica. El del Oriente es transitorio y alterna entre períodos húmedos y secos. El del Sur nos trae casi siempre invierno, y el del Ocaso ,tiempo variable. Por causas meteorológicas, esos vientos recorren todo el círculo de la rosa náutica, y entre los puntos cardinales su duración es efímera.

Llueve poco en esta región: en 1875, término medio, 1^m,6542; en 1876, 1^m,7125; en 1877, 1^m,2070, y en 1878, 1^m,4285 ,según prolijas observaciones de D. Tomás Herrán.

Cuando había bosque virgen en los alrededores, las tempestades eran más frecuentes que en la época actual. Los desmontes han disminuído la cantidad de aguas corrientes; no obstante, el territorio entero está lujosamente regado, como puede deducirse de lo expuesto hasta aquí, con más la ventaja de que, con levísimas excepciones, la calidad de las aguas es en alto grado salutífera.

La humedad ambiente era grande en los tiempos de la colonia. El aire es seco al presente, y las

nieblas empañan rara vez la limpidez de este cielo. El granizo, el rocío, la escarcha y los huracanes, si nos vienen, lo hacen con moderación. Pero, dirá Ud.: "Este escritor, aunque de modo imperfecto, como que tiene tendencia á pintarnos un paraíso". A lo cual responderé yo, buena y simplemente, que no tengo la culpa de que sea tan hermosa esta tierra.

Hay al lado de éste, otro asunto, más grave para mí, y es imaginarme que al ver Ud. eso de óvalos, perímetros, hectáreas, superficies, latitudes, longitudes, temperaturas medias, alturas barométricas, y algo más por el estilo, habrá de exclamar: "Pues, señor, lucidos estamos! Todo esto es pura prosa, y de la peor, porque lo expuesto parece más bien estudio de ingeniero que artículo dedicado á una revista literaria. Manjar semejante no conviene á mis lectores, cuyo refinado gusto pide platos mejor adobados".

Mas, sea de ello lo que fuere, y teniendo Ud., como tiene, derecho perfecto para poner á un lado este mi manuscrito, dejando de imprimirlo, sin que por ello me ofenda, una vez que la vanidad de escritor público no me tienta ni en poco ni en mucho, sigo adelante en el intento que me he propuesto.

Le hablé en párrafo anterior del nacimiento del río Medellín, de su curso y de su reunión con el Cauca, un poco más arriba del pueblecito de

Margento. Ahora quiero decirle algo sobre esta corriente de agua, en lo que atañe á los valles de Aburrá y Bello, por ser la población de este último nombre, barrio de la metrópoli antioqueña.

Después que el Medellín baja del monte que le da nacimiento, atraviesa el vallezuelo de Caldas, bonito sobre toda ponderación. Al penetrar en la llanura de Medellín, por el Ancón, frente á la Estrella, es yá medianamente caudaloso. Del Ancón en adelante, el río serpea con gracia por el centro de un plano levísimamente inclinado, y es tan mansa su corriente, y son tan cristalinas sus aguas, y tan regulares las curvas que forma y que recorre, que, viéndolo desde las eminencias de sus flancos, cualquier observador estaría tentado á calificarlo de navegable. Así, con cierto aire de sencillez y majestad á un mismo tiempo, llega hasta el pie de los Bermejales, colina de remisa altura que campa graciosamente á poco más de un kilómetro de la ciudad.

El conjunto de paisajes desenvueltos por el Medellín en su tránsito, además de ser crecido en su número, es de atractivo encantador; y si yo fuera poeta les enderezaría en este paso muchos párrafos en verso, para encomiar su belleza; pero como no lo soy, ni espero serlo, tomaré de algún poeta que leí en mis mocedades, un trocillo dedicado á cierto paraje de América, y diré que en sus riberas

“A un tiempo lucen la amarilla gualda,
La púrpura, el zafiro y la esmeralda”.

Una vez que he descendido de las montañas y he llegado á la llanura recorrida por el Aburrá, aspiro á darle pormenores acerca de ella.

En conformidad con el párrafo final de mi carta anterior, intento darle en la presente, descripción general de la parte llana de este valle.

El diámetro Norte—Sur de la llanura mide poco más ó menos 25 kilómetros, desde la angostura de Sabaneta hasta el llano de Niquía, en la planicie de Bello; y el diámetro Este—Oeste, que lo corta perpendicularmente, da por término medio 5, correspondientes, como Ud. ve, á un perímetro de 57, ó sea una superficie de 9,817 hectáreas. Descomponiendo la suma total de 30,787 que anoté á Ud. antes, tendremos, si se sustraen las primeras 9,817, que nos quedan como residuo 20,870.

Entro en estos cálculos á ver si por medio de ellos puede averiguar el valor aproximado del territorio de esta comarca. Con tal fin aprecio cada hectárea de la parte baja en \$ 1.000, lo que me da \$ 9.817.000. A \$ 500 las 20.970 que constituyen las faldas, por ser terrenos fértiles y cultivados en su mayor parte, arrojan un producto de \$ 10.485.000 que, sumados con los anteriores, forman un total de \$ 20.302.00.

Se colige de lo anterior, que esta pequeñísima parte de Colombia que estoy considerando, merece muy bien la pena de figurar en la riqueza territorial del país, y si á eso se agrega que hablo únicamente del valor del suelo, será fácil comprender que si agrego el de las mejoras de los predios, el de los animales, el de las habitaciones con sus muebles, y el de los haberes en caja, puedo concluir que en esta parte de la República se disfruta de algunas comodidades.

Supongo que Ud. conoce la teoría del Barón de Humboldt, aceptada por el Sr. Codazzi, respecto de la existencia anterior, muy remota, de lagos andinos en este Continente de América. Yo creo en ella, y por lo mismo me atrevo á decir que á lo largo del río Porce, Medellín ó Nechí, que lo mismo vale, están las cuencas de estos lagos, como escalonados de Sur á Norte: primero, un lago en Caldas; segundo, otro en Medellín; tercero, otro en Bello; cuarto, otro en Girardota, y quinto, otro en Zaragoza; porque abajo de este sitio, en donde hay una angostura que permite paso á las corrientes, la configuración del terreno no da campo para un gran estancamiento de aguas.

Suponiendo, pues, que lo que es hoy el valle de Medellín estuviera en otro tiempo ocupado por aguas detenidas, se puede deducir el aspecto que en aquella época ofrecerían sus orillas. Lo que es hoy Envigado sería un golfo, y otro quedaría en

frente, hacia la Estrella. Habría uno segundo en Medellín, y otro que le correspondería en Belén.

A esas entradas, en los intervalos seguirían ensenadas, bahías ó caletas de reducido espacio, pero siempre imitando en pequeño el aspecto de brevísimo Mediterráneo, en que no faltarían islas, porque la llanura, hoy seca, tiene dos serrezuelas que las formarían: una de ellas al Sudoeste y otra al Noroeste, separadas únicamente de la población actual por las aguas del río, y más ó menos aproximadas á la base de la cordillera de Occidente.

Esas dos cordilleras de que hablo, llamada la primera de los Cadavides, y la segunda del Volador, están divididas entre sí por el Iguaná; y es de notar la circunstancia de que, separada la última de la montaña vecina por una obra ó portete semejante á viejo cauce desecado, hay muchas personas que piensan que por ese punto corrió el riachuelo consabido, cuyo curso se pretende restablecer hoy.

Habrá Ud. notado que tengo propensión, cuando hablo de corrientes subalternas de agua, á darles el nombre de riachuelos y no el de quebradas, como generalmente se hace entre nosotros, y á propósito de ello, reincido en digresión filológica, por ser manía que me aqueja con frecuencia.

Quebrada, dice invariablemente el antioqueño, y lo mismo dicen muchos pueblos de América, y aun individuos españoles instruídos; y tanto se dice, que opino, con razón ó sin ella, que la voz ha tomado yá carta de naturaleza ó está próxima á tomarla. D. Juan de Castellanos, al describir en sus octavas la parte al Nordeste del territorio antioqueño, se expresa como sigue:

“Porque **quebradas**, ríos, vertederos
Y cualquiera lugar que se catea,
Manifiestan auríferos veneros
Con que el humano pecho se recrea,
Y la solicitud de los mineros
Saca bien proveída la batea”.

Y si no me engaño, en el laudo real sobre límites entre Venezuela y Colombia, la palabra está empleada en la acepción á que aludo.

Sin embargo, abro la última edición del Diccionario de la Lengua Castellana por la Academia, y veo que **quebrada** quiere decir ni más ni menos que lo siguiente: “Tierra desigual y abierta entre montañas, que forman algunos valles estrechos”, lo que no autoriza para legitimar la voz. Escrupulos de monja llamará Ud. á todos estos reparos, y acaso haré yo lo mismo y seguiré diciendo **riachuelo** ó **quebrada** hasta que los maestros esclarezcan el punto. Y vuelvo al objeto principal de esta carta.

Después de haber descrito el suelo de la región en su desnudez natural, intento agregar algo á la relación, considerando su vestidura desde dos puntos principales: el ornato engendrado por la naturaleza, según su fuerza peculiar, y el engendrado por el hombre, en conformidad con su ingenio.

El vigor propio de la naturaleza en este valle causa asombro, sobre todo si se estudia en relación con la flora tropical.

Como las peculiares influencias tórridas sean de notable suavidad, y como el frío no sea jamás intenso, resulta que las plantas alpinas y las tropicales germinan, nacen, medran y producen en singular consorcio y hermandad. Al lado de las palmeras de dátiles y de los cocotales, vegeta el poleo de las altas cordilleras y crecen las gramíneas y los arbustos de las temperaturas medias, todo ello con sorprendente lozanía. Los árboles de talla mayor, como el búcaro, el algarrobo, la cañafístula, el pino, el ciprés y las acacias, elevan sus copas graciosamente en la atmósfera, y su tupido follaje de variados matices, desde el verde oscuro del madroño hasta el amarillo pálido de la caña, suelen coronarse con frecuencia de enormes festones de elegantes flores que representan á placer los diversos tintes que resultan de la combinación prodigiosa de los colores elementales del espectro solar.

Entre las plantas cultivadas, el maíz aparece colocado en lugar preferente, y á él siguen cañaverales de azúcar y de cañabrava, ricos y provechosos los primeros para las necesidades del gusto, é indispensables los otros para exigencias industriales, sobre todo cuando se trata de construcciones domésticas ó de acotar predios. El plátano, pan bendito de los habitantes de los trópicos, representado por diversas especies, la yuca succulenta y nutritiva, la no menos agradable arracacha, las exquisitas legumbres, las variadas hortalizas y deliciosas frutas exóticas é indígenas, forman granero de abundancia en que la cocina del pobre y la repostería del opulento, hallan, para la subsistencia y el agrado, abundante provisión.

Comoquiera que la propiedad rural esté prodigiosamente dividida, los clutivos mencionados, aunque muy importantes por su cantidad, no se ofrecen á examen prolijo sino á trechos. Antes el valle tenía grandes dehesas en que pacían numerosas manadas de reses vacunas y caballares; pero la necesidad creciente de aumentar las producciones propiamente agrícolas, ha reducido á proporciones minúsculas la industria pecuaria, hasta el punto de que hoy la leche y el queso sean caros en demasía, y casi siempre escasos. Por dicha, el inconveniente se subsana en parte con el auxilio que suministran los cortijos establecidos sobre las alturas vecinas y en los distritos cercanos.

Recoja Ud. en su mente lo que en breves palabras acabo de apuntar sobre nuestra flora, y agréguele mucho más que dejo en el tintero, por no extender fuera de medida esta carta, y podrá creermme cuando le diga que, al contemplar un bosquecillo de sauces á la orilla del río, de mangales, de pomos, de cipreses, de guamos y de otros muchos árboles, cree el observador que ha caído en gratísimo ensueño, porque la realidad de tanta belleza no se alcanza con los sentidos en estado de vigilia; y crecerá su admiración cuando desde alguna altura divise, en cuanto alcance la mirada, desde el inofensivo color verde de los prados, con reflejos de oro, hasta el sombrío y oscuro que imita por su concentración el de las más aquilataadas esmeraldas de Muzo.

Noto que al querer describir la excelencia de estos campos, caigo, sin quererlo, en enfatismo peligroso, tanto más arriesgado para mí, cuanto prefiero siempre gastar estilo llano y lenguaje popular.

Para darle idea exacta de lo apiñada que está la población en este trozo del país, le digo que, previo aviso convencional para la transmisión de una noticia cualquiera, partida del extremo Sur, podría llegar en cinco minutos al extremo Norte, comunicada de punto á punto por la voz humana.

No hace todavía muchos años que las habitaciones de esta comarca estaban cubiertas por tre-

chos en su mayor parte pajizos, y de tejas en la menor. Hoy es raro encontrar una casa de las primeras, pues en lo general pertenecen a la última categoría. Casas de dos pisos son poco numerosas en los campos, porque la moda, seguida en esta clase de construcciones, es darles uno solo. Nuestros antepasados gustaron de construir sus habitaciones con una galería al frente, que llamaban corredor. Por la puerta central de esa galería se entraba á la primera pieza, llamada sala ó salón, destinada habitualmente al recibo de visitas, y á uno de los lados de esa pieza había otra, conocida con el nombre de aposento, mientras que al lado opuesto estaba una gran alcoba ó dormitorio común.

En ciertos casos, jefes de familia acomodados, complicaban la hechura de sus hogares con la adición de algunas piezas más, empleadas como dormitorios, como depósito de útiles de labranza, como despensa y como troje.

El patio seguía á la casa, el huerto al patio, el platanal al huerto, y la dehesa al platanal. Con frecuencia, alguna planta trepadora, de bella y aromática flor, como el jazmín ó la mosqueta (este, único rosal entonces conocido), servían de adorno á los corredores sin que por esto dejara de haber en ocasiones, para realzar el cuadro, un jardincito lateral con algunas eras de claveles, alhelíes y otras plantas, y huertecillo en que se

cultivaban hierbas medicinales muy socorridas en casos de enfermedad.

Lo que acabo de escribir sucedía hace cuarenta ó cincuenta años; mas al presente las cosas han cambiado, porque las mayores comodidades traídas por la civilización así lo piden.

CASAS DE MEDELLIN EN 1892

Los edificios campestres, en la actualidad, tienen forma de escuadra. Con no poca frecuencia estas habitaciones ocupan cuatro lados, lo que les da forma claustral con patio en el centro. Unas veces ofrecen zaguán, y otras se penetra en el salón, por una puerta colocada al centro de la galería como antaño, y de súbito, si se permite la frase. En ocasiones, al cuerpo principal de la casa sigue otro posterior, destinado al servicio de la familia. Si se exceptúan casuchas reducidas, pertenecientes á gente paupérrima, quedarán muchas que son verdaderos modelos de comodidad y hasta de elegancia.

En efecto, para que se forme idea de la exactitud de lo que vengo diciéndole, añadiré á usted que hay muchas de estas construcciones rodeadas de bonitas y espaciosas galerías, con buenos salones de recibo, alcobas propias para los diferentes miembros de la familia, pieza para costurero, despensas, comedores, departamento para

sirvientes, depósitos de instrumentos para beneficiar la tierra, fuente de agua potable, surtidores, baños bien dispuestos, muebles sencillos pero adecuados para el servicio, espejos y láminas para ornato, lechos bien aderezados, animales domésticos en abundancia, y limpieza en todo; porque el aseo, el orden, la compostura y la economía son virtudes tradicionales en la mayor parte de estos campesinos que, merced á trabajo constante, llevan, por lo general, vida holgada y recomendable.

Tengo entendido que la clase llana de Holanda, es en Europa la que mantiene el hogar doméstico en mejores condiciones, y sobre el particular opino que el pueblo de esta parte de la República, si no ha llegado todavía á igual punto de perfección, algún día llegará, porque el camino que transita, á él conduce. Cuando yo era médico, toda consulta que recibía, terminaba con esta pregunta, hecha por el enfermo: "¿Puedo bañarme, señor?" Si la contestación era afirmativa, la fisonomía del enfermo mostraba satisfacción; en caso contrario, se asombraba. El baño en agua corriente ha entrado en esta tierra en el número de las necesidades indispensables.

Las flores que antes figuraban como asunto de simple entretenimiento y que se cultivaban en corto número, cuando más para que las señoritas llevasen puestas una ó dos en la cabellera, ó para tributar culto á la patrona del lugar en las gran-

des festividades, han aumentado en cantidad prodigiosa. Es difícil llegar á las casitas más humildes sin encontrar en ellas algunas plantas de las nuevamente introducidas, y es muy común hallar espléndidos y bien ordenados jardines en que la vista se deleita y el alma se regocija con la contemplación de este nuevo elemento de perfección social.

Entiéndase que lo dicho anteriormente, se refiere sólo al hogar campestre de la clase llana. La gente acaudalada de Medellín ocupa puesto más alto en esta materia,, porque son muchos los ciudadanos propietarios de lindas quintas en los campos que circundan la capital, y eso en todas direcciones. Tales casas de recreo son preciosas, pues además de su elegancia, muestran comodidades bastantes para la satisfacción de las necesidades comunes, y llegan en ocasiones hasta la ostentación de un lujo refinado: ricos muebles, buenos caballos, coche en ocasiones, suntuosos baños y mil cosas más que sería prolijo enumerar, todo se encuentra en esos recomendables albergues, creados por labor constante, por aplicación infatigable y por severa economía.

Los habitantes del campo visten, por lo general, telas sencillas de algodón ó de hilo, llevan ruana y sombrero de paja y de fieltro ,todo ello aseado, lo mismo labradores que entre arrieros. Los pobres, y son los más como se concibe, an-

dan con los pies desnudos, sin distinción de sexo; los que no son muy pobres, gastan botas. En los días feriados es agradable ver la concurrencia á los templos ó á las plazas de mercado, porque entonces el saco de pañete ó la levita lucen sobre el cuerpo de algunos hombres, y la zapatilla de alto tacón es airosamente llevada por señoras y señoritas de la clase rica. Las mujeres y los hombres del pueblo visten lo mejor que se encuentran en sus baúles; pero sea que revelen pobreza ó comodidad, se adivinan al través de los vestidos sólidas pantorrillas, brazos robustos, armaduras orgánicas resistentes, y, en fin, la fuerza y el vigor que revelan sanidad de raza y que prometen algo ó mucho para el porvenir de Colombia.

Si quisiera explotar en esta carta el venero, casi inagotable, de las costumbres antioqueñas, enfadaría á Ud. y á sus lectores, y saltaría por encima de los términos de mi encargo, por lo cual quiero complementar la descripción del valle de Medellín, para ver de llegar á esta ciudad y decirle alguna cosa acerca de ella.

Además de la población diseminada en los cortijos que engalanan toda la superficie del valle, hay otra recogida en poblaciones de mayor ó menor importancia, que paso á enumerar rápidamente.

En la banda occidental y al Sudoeste de Medellín, sobre la base en que descansa la pesada

montaña del Romeral, está asentado el pueblo de la Estrella, cuya erección, según las crónicas locales, se hizo dándole por vecinos a algunos indios yanaconas, que había hacia la parte izquierda de la quebrada Santa Elena.

LA ESTRELLA

El caserío de la Estrella es de humilde apariencia, pero está favorecido por situación pintoresca. La torre de la iglesia, pintada de blanco, se alcanza a divisar desde la carretera que conduce de Medellín á Envigado y desde sus puntos vecinos, como la vela blanca de una goleta que navegue con sosiego sobre las olas de una mar tranquila. El Dr. Rufino Cuervo, uno de nuestros hombres más esclarecidos y de quien se dice que á la gravedad del filósofo acompañaba el donaire de hombre del mundo, á la figura del diplomático la seriedad del jurisperito, y á la sensatez del sabio la agudeza del **cachaco** bogotano, en vista que hizo á esta tierra, hace yá muchos años, contemplaba atentamente, desde el atrio de aquella iglesia, el panorama que se desenvuelve al frente y á los lados, y, después de recogida meditación, exclamó: "Oh, esto parece mentira; no es cierto". "He visto", agregó, "la llanura de Lombardía, y la considero muy inferior a ésta en punto de belleza".

En efecto, yo he visto también la Lombardía, y pienso que si á los encantos naturales que ofrece aquella extensa llanura se les quitara el incentivo de las ciudades que la esmaltan, de los prodigios creados por antigua civilización, y del mandato deslumbrador de un enorme pasado histórico, esta tierra de montañas, diminuta como es, le haría notables ventajas. He paseado también el bendito valle del Cauca, esperanza del porvenir colombiano; he visto su importancia indescriptible, sus florestas no holladas todavía por la planta humana, sus cristalinas aguas, sus canoras aves y su linda flora ;pero debo confesar que esa extensión de cuarenta leguas de longitud y quince de anchura, me ha velado sus facciones como si estuvieran envueltas por la bruma sutil de sus dilatados horizontes. El paisaje de este valle de Aburrá no representa ciertamente un gran cuadro, salido de la paleta y de la mente de Horacio Veruet; es más bien preciosa miniatura, contenida en breve espacio, evocada con maestría por el pincel inspirado de Messonnier, porque en tal paisaje todo palpita, todo se percibe con la simple mirada.

Al Occidente de la Estrella está el pueblecito de San Antonio de Prado, de creación reciente y barrio apenas del Distrito de Itagüí. Este, atravesado por cómoda carretera, está situado en la parte baja de la llanura y favorecido por feracísimos terrenos.

La villa de Envigado, á ocho kilómetros al Sur de la capital del Departamento, colocada como en anfiteatro, rica de sementeras, de árboles frutales, de jardines, de un hermoso templo católico, de un espacioso edificio para hospital ó colegio, de casas bien dispuestas, de aguas salutísimas, de aire puro, de temperatura suave y de muchas otras ventajas, adorna graciosamente el escenario.

Entre la villa descrita y la ciudad capital, hay un interesante barrio de Medellín, conocido con el nombre de **Poblado**, que ha surgido en estos diez ó doce años, con formas admirables de belleza y como por evocación de magia.

Además de esta fracción ó barrio, Medellín tiene como tales á Belén, América, Robledo, San Cristóbal, San Sebastián, Piedras Blancas y Bello, interesantes los más por motivos que no enumero, deseoso como estoy de terminar esta carta.

De todos los parajes situados sobre las alturas circundantes, el valle de Aburrá sorprende al viajero que lo visita, por su singular belleza; pero hay algunos de aquéllos desde los cuales el panorama se observa con más admiración.

El alto de Santa Elena, como el más frecuentado y acaso como el mejor dispuesto, ha sido hasta hoy el más favorecido; porque efectivamente, al colocarse de súbito sobre aquella eminencia y al dirigir la vista al Occidente, mil pormenores,

cubiertos de límpido cielo y atmósfera transparente en las mañanas y tardes de verano, quedan bajo el dominio del espectador. El enrejado casi inextricable construído por los lindes de las heredades, no puede compararse á un tablero de ajedrez, porque la figura no asume condiciones geométricas que le den tal semejanza. Se dirá, más bien, al examinarlo, que remeda el laberinto de Creta y que para seguir sus enmarañados giros, sería preciso llevar en la mano el hilo mitológico de Ariadna. Tánta luz, tánto arrebol, tánta sementera, tánta suavidad de líneas, tánta armonía de contornos, tánta delicadeza en las curvas del río, tánta riqueza de azul, verde y amarillo en las faldas montañosas, y la ciudad de techumbres pardas y de paredes blancas que reposa en el fondo, como pudiera hacerlo la perdiz en el nido rodeado de follaje, es asunto más propio para ser cantado por poetas que descrito por prosadores de mezquina fuerza.

Prescindo de extenderme en esta carta con reflexiones más ó menos elocuentes para ponderar el mérito de tan soberbio paisaje. Ruego á Ud. solamente, que si en la relación hecha hallare algún arrebató de fantasía, lo excuse en gracia de que tal cosa se debe, más bien que á interés de escritor, á movimiento de pasión; porque, hablándole con franqueza, el amor intenso que profeso al país natal, puede privarme de la cordura que

Ud. me atribuye cuando califica mi pluma de discreta.

EL ABURRA

Mi carta anterior fue únicamente descriptiva; ésta aspira á ser netamente histórica.

Hablé á Ud., al tratar del pueblo de La Estrella, de un lugarcito conocido por San Antonio de Prado, que demora un poco al Occidente, y ahora le agregó que San Antonio está situado á regular distancia del riachuelo Doña María, del cual también le hablé como originario de la montaña de Canoas. Entre los tributarios de Doña María se pueden contar, como uno de los principales, el raudal de Quebrada Larga, que nace en el cerro de Las Cruces y en montañuelas vecinas.

Siguiendo el cauce del raudal mencionado, se llega á una depresión de la cordillera, que puede considerarse congénere de otra situada más al Sur, conocida con el nombre de Mal Paso.

La primera de estas depresiones montañosas queda faz á faz de Heliconia, y la segunda, frontera de Amagá.

El Capitán Jorge Robledo, que venía como Conquistador, enviado por D. Sebastián de Belalcázar, andaba como enredado en laberinto de montañas, y á la cabeza de un pelotón de españoles, que no alcanzaban á ciento.

cubiertos de límpido cielo y atmósfera transparente en las mañanas y tardes de verano, quedan bajo el dominio del espectador. El enrejado casi inextricable construído por los lindes de las heredades, no puede compararse á un tablero de ajedrez, porque la figura no asume condiciones geométricas que le den tal semejanza. Se dirá, más bien, al examinarlo, que remeda el laberinto de Creta y que para seguir sus enmarañados giros, sería preciso llevar en la mano el hilo mitológico de Ariadna. Tánta luz, tánto arrebol, tánta sementera, tánta suavidad de líneas, tánta armonía de contornos, tánta delicadeza en las curvas del río, tánta riqueza de azul, verde y amarillo en las faldas montañosas, y la ciudad de techumbres pardas y de paredes blancas que reposa en el fondo, como pudiera hacerlo la perdiz en el nido rodeado de follaje, es asunto más propio para ser cantado por poetas que descrito por prosadores de mezquina fuerza.

Prescindo de extenderme en esta carta con reflexiones más ó menos elocuentes para ponderar el mérito de tan soberbio paisaje. Ruego á Ud. solamente, que si en la relación hecha hallare algún arretrato de fantasía, lo excuse en gracia de que tal cosa se debe, más bien que á interés de escritor, á movimiento de pasión; porque, hablándole con franqueza, el amor intenso que profeso al país natal, puede privarme de la cordura que

Ud. me atribuye cuando califica mi pluma de discreta.

EL ABURRA

Mi carta anterior fue únicamente descriptiva; ésta aspira á ser netamente histórica.

Hablé á Ud., al tratar del pueblo de La Estrella, de un lugarcito conocido por San Antonio de Prado, que demora un poco al Occidente, y ahora le agregó que San Antonio está situado á regular distancia del riachuelo Doña María, del cual también le hablé como originario de la montaña de Canoas. Entre los tributarios de Doña María se pueden contar, como uno de los principales, el raudal de Quebrada Larga, que nace en el cerro de Las Cruces y en montañuelas vecinas.

Siguiendo el cauce del raudal mencionado, se llega á una depresión de la cordillera, que puede considerarse congénere de otra situada más al Sur, conocida con el nombre de Mal Paso.

La primera de estas depresiones montañosas queda faz á faz de Heliconia, y la segunda, frontera de Amagá.

El Capitán Jorge Robledo, que venía como Conquistador, enviado por D. Sebastián de Belalcázar, andaba como enredado en laberinto de montañas, y á la cabeza de un pelotón de españoles, que no alcanzaban á ciento.

Aquellos hombres se parecían un tanto á argonautas terrestres, que navegaban por el mar inmenso de descubrimientos y conquistas.

Cuando Robledo hubo llegado á un caserío de indígenas, al cual puso por nombre "Pueblo de Las Peras", que, según toda probabilidad, estaba situado en donde hoy se halla Amagá, notó que la cordillera se mostraba un tanto rebajada de altura, y lo mismo observó al llegar á otro caserío, un poco más al Norte, en donde halló gordos panes de sal, por ser tierra rica en fuentes saladas. Estaba sin duda en lo que es hoy Pueblito, Sabaletas ó Heliconia; y como por aquel tiempo los invasores peninsulares viniesen agitados por la quimera de **El Dorado**, ó la casa del Sol, que consideraban como tesoro de incalculable riqueza, los que por acá peregrinaban perseguían el mismo objetivo, bajo el nombre de valle de Arbí.

El Cabo de la corta expedición de que trato, nombró en aquella vez á Jerónimo Luis Tejelo, para que, guiando una partida de 25 hombres, trasmontase la sierra y examinara la región que debía de existir al oriente de ella.

Pienso que Tejelo, en cumplimiento de su encargo, entró al valle por Quebrada Larga y Doña María, y nó por Mal Paso y Caldas, como algunos han creído. Pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que á la prima del alba se vio atacado por

crecida turba de naturales, que debió de ser relativamente poderosa, puesto que le obligó á retraerse y á dar cuenta al jefe, de lo que le acontecía, y del bello descubrimiento que dejaba hecho.

Sin pérdida de tiempo, acudió el Capitán Robledo con toda su gente y con ánimo de dar ayuda al guerrero que se la pedía. Los indígenas, al ver aumentadas las fuerzas enemigas, retrocedieron espantados y dieron paso libre al Conquistador, quien inmediatamente atravesó la llanura y estableció cuartel general en el sitio de Aná, sobre el cual fundó más tarde esta ciudad de Medellín.

El descubrimiento de tal localidad se hizo cuando comenzaba á declinar el año de 1541, y como el día del hallazgo fuese el de San Bartolomé, ese nombre, que no se conservó, le pusieron á la comarca.

El Capitán español permaneció algunos días en el paraje de Aná, desde donde destacó algunos subalternos para que fuesen en diferentes direcciones á explorar el territorio; y como nada encontraran que satisficiera sus deseos, regresaron al campamento sin traer noticia de provecho.

Se decidió entonces tirar á Occidente, en requerimiento del río Cauca, donde esperaban hallar el ponderado valle que buscaban. Parece muy probable que continuaran la correría trepando la cor-

dillera por Montañita, hasta dar en Guaca, hoy Heliconia, rica salina, en la cual volvieron á ver panes de sal.

Siguiendo camino, pasaron el gran río, frente al pueblo de Curumé, y anduvieron hacia abajo, por la banda izquierda, hasta dar con la llanura en que está asentada hoy la ciudad de Antioquia, que primitivamente no fue erigida en el lugar que ahora ocupa, porque, atareados en reconocer los senos de la tierra y en guerrear incesantemente con los indios, avanzaron hasta Frontino, donde al cabo de trabajos y para reposar, tomaron pie y fundaron la susodicha ciudad, al terminar el año 41 del siglo XVI.

Unos dicen que la fundación se verificó en un vallecito que se llamaba Ebéjico, y otros lo niegan; pues tienen por Ebéjico la llanura en que actualmente está colocada la ciudad, sitio en el cual, y por hallarse mal dispuesta la primera, fue segunda vez erigida por el Capitán Juan Cabrera, Teniente de Balalcázar, en el año siguiente de 1542.

Los españoles no quisieron fundar ciudad, ni villa en el valle de San Bartolomé, no obstante sus visibles recomendaciones de belleza y exuberancia. No poblaron al principio en el pintoresco y rico valle regado por el Tonuzco y por el Cauca, y tuvieron á bien ir hasta cerca de Frontino y le-

vantar en la loma de La Cruz los cimientos del caserío que, trasladado al punto en que hoy está, prosperó tanto como el que más del Nuevo Reino, en los primeros años que siguieron á su fundación. Hoy, por motivos accidentales, la capital antigua de Antioquia parece en decadencia; pero al terminar la fabricación de un puente monumental que actualmente se construye sobre el Cauca, para poner aquélla en comunicación con la parte interior del Departamento, y al tener vía fácil y cómoda para llegar al mar de las Antillas, sobre todo si el canal de Panamá llega á ser obra definitiva, su prosperidad será sorprendente, porque son pocas las regiones de Colombia tan favorecidas por ventajas naturales. La razón para que las cosas pasaran en aquel tiempo como sucedieron, es de obvia interpretación. Los aventureros europeos no tenían el propósito de encomendar sus aprovechamientos personales ni á la agricultura, ni al comercio, ni á la industria en general; buscaban oro, oro en polvo, en pajuelas, en pepitas, en tejos y en alhajas. Únicamente en eso consistía su apetecida riqueza.

Antes de continuar en la mención de los puntos históricos que se refieren al establecimiento definitivo de la villa de Medellín, pido licencia para transportarme con la mente al tiempo mismo del descubrimiento, con el objeto de darme

cuenta de lo que sería el circuito cubierto entonces por floresta virgen. Ya en mi carta anterior toqué asunto más oscuro, cuando consideré lo que debía de ser ocupado por aguas de antiguo lago; por manera que nada tiene de extraño el que entre ahora en descripción, que algo tiene de hipotética y algo tiene de real, por hallarse fundada en razones de analogía; pues alcancé á contemplar en mi niñez restos de aquella primitiva formación.

Para evitarme trabajo, tomo algunos lugares de antiguo escrito que, en forma de discurso, publiqué, en ocasión solemne, hace yá muchos años, y que, por ser míos, los pongo á mi servicio.

El lugar nuevamente hallado por Jerónimo Luis Tejelo, estaba en la cabecera y en los flancos de un valle que debió de sorprender á los caminantes, por la pintoresca belleza de la posición, por lo poético de las formas, por la benigna y casi sensual graduación de la temperatura, por la profusa riqueza de la vegetación, por el armonioso concierto de las aves, por la multitud de los cuadrúpedos y por la pródiga variedad de los frutos y semillas.

Viajeros que, después de mucho tiempo, andaban como sepultados en los dobleces de suelo tan escabroso como el nuestro, debieron sentir impresión inefable de placer al examinar desde los planos inclinados de la nueva región, deliciosa lla-

nura cubierta por bosque secular, recorrida por manso y cristalino río, esmaltada á trechos por humildes chozas y cultivos rudimentales, cruzada por torrentes, fertilizada por arroyos, hermosea-da por algunas colinas salientes, por cejas inmen-sas y espaciosas, y por un paisaje tan delicado y rico á un mismo tiempo, que debió parecerles, des-de entonces, verjel natural lleno de magnificen-cia y esplendor.

La imaginación me dice que en aquella remo-ta época, el paraje mismo en que se asienta hoy la ciudad de Medellín, sería abertura pequeña de bosque, en que las serpientes salían á orear sus escamas á los quemadores rayos de sol; ó quizás el antro en que el oso ó la danta, el leopardo ó el tigre, establecían sus cubiles; ó tal vez el punto en que un añoso cedro encajaba las raíces de su tronco, para elevar á los aires el frondoso ramaje en que manadas de monos y de ardillas, acróbatas de la selva, corrían, gesticulaban, gritaban y me-cían sus cuerpos veleidosos, ó en donde las aves tropicales entonaban la música admirable de sus trinados y gorjeos.

Tan cierto es lo que acabo de escribir, que muchas veces, paseando estos campos, me he pre-guntado si su belleza de ahora será mayor que la que tenían en su estado primitivo, y no he alcan-zado á resolver el problema.

Pocos años después de la fundación de la ciudad de Antioquia, la guerra de conquista terminó por su propia virtud. Los arcabuces guardaron silencio, las lanzas y las espadas lavaron la sangre de que estaban manchadas y una época de recogimiento sucedió á la algazara de las batallas y á las grandes hecatombes de seres humanos que pueblos sencillos é inocentes presenciaron con estupor y sin poder darse cuenta de los motivos que las habían originado. En Aburrá, el fenómeno se ofreció con caracteres simples; porque los indígenas, aunque un poco más avanzados en artes elementales, eran tan apocados y cobardes, que la mayor parte de ellos se ahorcó con sus propias vestiduras, por temor al aspecto extraño de los invasores y por el terror que produjeron en su flaco espíritu las pobladas barbas de los guerreros, los movimientos marciales de éstos, el ruido de las descargas, la carrera de los caballos, el filo cortante de las espadas y el desnudo con que eran atacados.

Ciento treinta y cuatro años quedó este territorio estacionario y sin dar muestras de vitalidad. Desde Caldas hasta Barbosa, y de cordillera á cordillera, espacio más que tripe del que considero, había únicamente en 1671, doscientos ochenta dueños de casas y 3.000 habitantes, con unas pocas ermitas aisladas, en las cuales contados sacerdotes celebraban en ocasiones el oficio

divino y administraban los sacramentos. Centro religioso para los habitantes de aquellos cortijos, pertenecientes en general á ricos propietarios antioqueños, eran una diminuta parroquia gobernada por el Padre Facundo Martín de la Parra en lo que es ahora el Poblado.

Sin embargo de lo dicho y de lo que me atrevería á llamar mezquina población, yá á mediados del siglo XVII, aquellos vecinos, apoyados por la influencia del Gobernador D. Francisco de Montoya, pedían el establecimiento de una villa que les sirviese como punto fijo de reunión; mas como Antioquia, por motivos especiales, opusiese todo su valimiento á la proyectada empresa, y los vecinos insistiesen, el asunto fue llevado á la Audiencia Real de Bogotá y sometido á trámites que parecieron impedirlo por entonces.

Los interesados en la erección de villa resolvieron, para vencer todo obstáculo, ocurrir directamente á la Majestad española. Doña María Ana de Austria, por muerte del Rey D. Felipe IV, con un Consejo de Regencia, dirigía á la sazón los destinos de la Monarquía.

Después de muchas vacilaciones expidió la Regencia cédula de fundación, y por causa de que D. Francisco Portocarrero y Luna, Conde de Medellín en Estremadura, actuase como Presidente del Consejo, se dispuso, para honrar su nombre

y el del lugar de su nacimiento, que la nueva población llevase en adelante el nombre de Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín.

Promulgada la Cédula Real por el Gobernador D. Miguel de Aguinaga y llenadas convenientemente, á usanza española, las fórmulas del caso, quedó dicha villa erigida el día 2 de Noviembre de 1675, si bien su advocación no se efectuó hasta el 24 del mismo mes y año.

Echados los fundamentos del lugar, la operación subsiguiente consistía, como puede fácilmente comprenderse, en dar fomento á sus adelantos, desarrollo natural á su existencia y vida á nuevos elementos que lo hicieran con el tiempo próspero y feliz. Este empeño era verdaderamente noble; pero mil obstáculos, casi invencibles por su carácter, se opusieron desde el principio á que se le diera cima con fortuna y lucimiento.

La posición topográfica de Medellín fue siempre tan contraria á su adelanto rápido, que sin la incontrastable voluntad de sus hijos, ella no tendría hoy ni importancia relativa, ni significación alguna. Aislada, en medio de montes que la rodean por todas partes, sin caminos, sin ríos navegables, y distante de todos los senderos que le permitieran libre comunicación con otros pueblos, permaneció por siglos sin los estímulos del comercio, sin los recursos de la industria, sin el socorro

de buenas relaciones, sin el auxilio de los libros, sin las ventajas de las artes y sin el aliento poderoso de la ciencia. Sus hijos, confinados en estrecho recinto, como el ave en el recipiente de la máquina neumática para la experimentación física, han carecido durante largos años del aire vivificante que sopla de regiones mejor favorecidas, y la luz quedó extinguida al querer penetrar en nuestras selvas, sin llegar al fondo de nuestros cerebros.

Desde 1675 hasta el presente, contamos 216 años; y si de ellos se rebaja el tiempo corrido entre nuestra emancipación (1810) y el tiempo actual, tendremos que durante un poco más de siglo y medio, esta tierra vivió vida colonial, en la cual dormitó perezosamente, como dormitaron la mayor parte de los establecimientos coloniales de España en el Continente Americano. Aquel estado de letargo limitó el movimiento civilizador, por causas que sería impertinente examinar en esta carta.

Empero, la rígida perseverancia de nuestra raza, el temple acerado del antiguo carácter español, movido y fortificado por la índole agreste y dura de los elementos ambientes de la comarca, dieron aliento; y por labor constante, se logró vencer en parte las dificultades que se oponían á abrirnos franco paso por la ruta que conduce á la relativa civilización. Lento, pero gradual y soste-

nido, fue el triunfo alcanzado en tan penosa lucha. El atraso era evidente. Se carecía de escuelas, colegios, universidades y bibliotecas; por manera que la ignorancia general era profunda.

Existencia patriarcal, casi tan perfecta como en los tiempos de Jacob, ofrece la historia de este pueblo en su época primitiva. Los jefes de familia regían el hogar doméstico, á la manera que los patriarcas bíblicos gobernaban su tribu, y en las faenas caseras, como en todo lo demás, la mujer alcanzaba condiciones de virtud primitiva. Por eso, si no podemos distinguir en aquel lejano horizonte el aspecto lucido de la inteligencia ilustrada, sí podemos percibir un conjunto de costumbres tan limpias y sencillas, que con razón han tenido el honor de ser citadas como ejemplo tradicional.

En los últimos cinco años del siglo XVIII, Medellín tenía como único establecimiento de educación una mala Escuela de primeras letras, doscientas cuarenta y dos casas de tejas y de paja, seis iglesias y veintinueve balcones. La Provincia toda, al principiar nuestra guerra de independencia, contaba 80.000 habitantes, de los cuales, á lo más, tocarían á la ciudad 5.000. La estadística de aquellos tiempos nos descubre pormenores de varias clases, en completo acuerdo con tan precaria manera de existir. Comparemos, pues, ese atraso lamentable, con nuestra relativamente próspera situación presente, y convengamos en que la

diferencia da un resultado admirable de ventura: fenómeno lógico, debido en gran parte á la acción de dos fuerzas nuevas — la independencia y la libertad.

En el curso de la tarea que me he impuesto, deberé hacer á Ud. la enumeración de las ventajas conseguidas hasta hoy, y por ella caerá en la cuenta de que, si bien se anduvo con lentitud al principio, se anda con razonable rapidez al presente, por la vía de adelantos fundamentales.

Pienso que cuando Ud. solicitó de mí algunos datos acerca de la ciudad de Medellín y de su situación actual, no llegó á pensar por un momento, que diera con hombre tan difuso como yo. No es culpa mía si gasto mucho tiempo en la relación de pormenores, porque debo tal flaqueza á haberme entregado desde muy temprano á estudios anatómicos y quirúrgicos, que si no me han dado ciencia, sí han ingerido á mis escritos espíritu analítico, que toca con frecuencia en lo prolijo.

Además: entre los distintos fenómenos que me han llamado profundamente la atención en el curso de mi prolongada carrera, hay dos que he contemplado siempre con positiva admiración: la vida y la muerte. La primera, porque nos llega siempre acompañada de inefables alegría y de plácidas sonrisas; y la segunda porque nos sorprende constantemente entre lágrimas y lamen-

tos. Hay en lo primero sujeto para un idilio, y hay en lo segundo argumento elegíaco; y como yo pretendo invitarlo para que asista conmigo al alumbramiento de un pueblo que viene á la civilización, me detengo en pequeñeces que pido á Ud. me excuse con su genial benevolencia.

Desde el año de 1810 hasta el de 1822, la situación de la Provincia de Antioquia fue, con corta diferencia, la misma que tocó á las demás secciones que componían la antigua República de Colombia; es decir, la de un período revuelto y lleno de problemas militares, que no llegaron á resolverse sino por los triunfos definitivos de las armas republicanas en las célebres batallas Taindala, Pichincha y Yahuarcocha. En aquel tiempo, por todos los lugares del país, hubo sacrificios de sangre, de hacienda y de vidas; y, si bien es cierto que en el territorio de Antioquia, por causa de su posición geográfica, la lucha fue menos cruenta, justicia es confesar que esta porción del territorio dio á nuestra gran revolución hombres notables que la ilustraron por más de un punto de vista. D. Juan del Corral (momposino ilustre, devotísimo de Antioquia, por vínculos sagrados de familia), los Ortices, los Restrepos, los Uribes, los González, los Gómez, los Salazares, los Alzates, los Montoyas, los Córdoba, los Giraldo y otros muchos que sería largo enumerar, ya en los campos de batalla, ya en el gabinete como estadistas,

ya en el paranaso como poetas, yá en la tribuna como oradores, ya en la vida pública como patriotas, enaltecieron muy dignamente la grande obra de nuestra inmortal y gloriosa emancipación.

Del año de 1822 al de 1860, con cortos intervalos de paz, que forman excepciones en Antioquia, como en toda la República, se ha gastado gran parte de tiempo en vida de cuarteles, en campos de batalla y en agitaciones políticas, que á veces han llevado la fiebre de pasiones populares hasta el delirio.

DISCURSO

pronunciado en el Atrio de la Catedral
por el señor doctor Manuel Uribe Angel,
después de la Procesión del Centenario en 1875

Compatriotas y amigos:

La fundación de la ciudad de Medellín, capital hoy del floreciente Estado de Antioquia, tuvo lugar el día 2 de noviembre de 1675; pero su erección definitiva en villa bajo la santa advocación de la Virgen de la Candelaria y de San Juan Bautista, no se verificó hasta el día 24 del mismo mes y del mismo año. Contamos, pues, para la edad de nuestra querida ciudad dos centurias cumplidas.

En mi calidad de razonador profano, no me toca hablaros de las excelencias de los santos patronos de esta población. Habeis oído la palabra elocuente y autorizada del sacerdote católico, que ha debido conmovier dulcemente vuestra piedad y vuestra fe. Me corresponde sí invitaros á elevar el corazón al Supremo Dispensador de todo bien, para tributarle gracias por los marcados beneficios con que ha querido favorecernos en todas las circunstancias de esta vida.

La Corporación municipal, representante genuino y responsable de la existencia y progreso de esta localidad, ha expedido un acuerdo con el fin de solemnizar con una festividad cívica el recuerdo de un día feliz y venturoso, que cada uno de nosotros deberá guardar reconocido en su memoria.

Con el fin de arreglar todo lo concerniente á ésta fiesta ciudadana, la primera de su especie en el país, el Cabildo nombró una Comisión de que me ha cabido la honra de ser miembro. Es, pues, á nombre del Municipio y á nombre de la Comisión, como me atrevo á dirigiros la palabra en esta vez de históricos y de imperecederos recuerdos.

Debo principiar mi discurso por suplicaros que no espereis de mí, ni lucidos movimientos de oratoria, ni cuadros de elevada poesía, ni descrip-

ciones valientes y atrevidas, ni pensamientos profundos y científicos, porque de un lado el asunto no los demanda y porque, de otra parte, mis condiciones personales ni pueden prometerlos ni cumplirlos. Conmemoraré lisa y llanamente algunos hechos de nuestra historia individual, y trataré el asunto como simple negocio de familia.

Hace 334 años, á mediados del de 1541, que un pequeño grupo de guerreros estableció su cuartel general en el sitio de Pueblito, que demora cinco leguas á nuestro Ocaso. Aquellos hombres venían del lado del Sur y eran conquistadores españoles. Nuevo Jason, el capitán Jorge Robledo era el Comandante de ese puñado de argonautas, que andaba como perdido por el mar inmenso de la Conquista Americana en busca del vellocino de oro.

Por el tiempo á que me refiero, casi todo el Continente americano estaba cubierto de áspero y enmarañado bosque. Todos los elementos de una naturaleza virgen y robusta, la mayor parte de ellos contraria á la existencia humana, abundaban en nuestras selvas é intrincadas cordilleras. Ríos caudalosos, arebatados torrentes, cuevas escarpadas, adientes valles, miasmas deletéreos, fieras bravías, insectos picadores, voraces reptiles, serpientes venenosas, tempestades aterradoras y fulminantes y mucho más que yo podría indicaros, pero que vosotros conoceis aca-

so mejor que yo, venían en guerra permanente y feroz contra el cuerpo y el espíritu de nuestros antepasados. Empero, señores, aquellos cuerpos parecían fabricados de granito; aquellas almas eran tenaces como el diamante y aquellos corazones hechos como de intento para un destino providencial: la regeneración de un mundo y la iniciativa de una civilización. Rindamos, pues, honor á la memoria ilustre de aquellos héroes, que la Grecia hubiera tal vez divinizado.

El ramal de la cordillera andina que separa el punto en que estamos, de aquel á que me referí ántes como cuartel general de los románticos aventureros, presenta como intrpuesta una abra regularmente aplanada y transitable. En requerimiento del ponderado valle de Arbís, Eldorado fantástico perseguido en estas comarcas por aquellos osados peninsulares, mandó el capitán Robledo á Jerónimo Luis Tejelo con algunos hombres de armas. El Cabo de partida atravesó la montaña por la garganta vecina y á la prima del alba del día siguiente, dió con un pueblo de indígenas, cuyos moradores lo recibieron de guerra y lo obligaron á una cautelosa retirada. Recatado Tejelo y contemplando á la clara luz del día, la importancia y primor de la tierra descubierta, dió cuenta de lo acaecido al capitán, quien con el grueso de su pequeño ejército, vino á tomar posesión de la comarca á nombre del soberano peninsular.

El lugar nuevamente hallado estaba á la cabecera y en el flanco de un valle, que debió sorprender á los caminantes por la pintoresca belleza de su posición, por lo poético de sus formas, por la benigna y casi sensual graduación de su temperatura, por la pureza de sus aguas, la blandura de su atmósfera, la profusa riqueza de su vegetación, el armonioso concierto de sus aves, la multitud de sus cuadrúpedos y la pródiga variedad de sus frutos y semillas.

Viajeros que después de mucho tiempo andaban como sepultados en las combas y dobleces de un país tan abrupto y fracturado, tan rocalloso y refractario como el nuestro, debieron sentir una impresión inefable de placer, un bienestar perfecto y un ancho regocijo, al contemplar desde los planos inclinados del último círculo, una suave y deliciosa llanura, que se extendía por nueve leguas en longitud, con variable anchura, cubierta por un bosque secular y arrogante, recorrida por un manso y cristalino río, esmaltada á trechos por humildes sementeras, cruzada por torrentes, fertilizada por arroyos, hermoseaada por tres ó cuatro colinas salientes, por abras amenas y espaciosas y por un golpe de vista tan delicado y rico al mismo tiempo, que debió de parecerles desde entónces, un jardín natural, lleno de magnificencia y esplendor.

Los naturales de esta región ,aunque en cier-

to modo estuvieran menos atrasados que los del resto del territorio en los asuntos de la vida civil, puesto que vestían ropa talar y cultivaban mezquinamente la tierra, eran tan tímidos y mansos, que la mayor parte de ellos se ahorcó con sus propias mantas, para escapar al sentimiento de terror y de espanto producido sobre su ánimo, por la contemplación de seres extraños para ellos, que volaban sobre el lomo de los animales y traían el trueno y la muerte en sus espadas y arcabuces.

La tierra fué dominada fácilmente; mas á pesar de su pompa y de su gala, de su lujo natural y su belleza, ella no tenía bastante oro para saciar el apetito de aquellos conquistadores y satisfacer sus esperanzas. Después de ponerle el nombre devoto de San Bartolomé, por haber llegado á ella el día del santo Apóstol, quitándole el de Aburrá que tenía en la lengua de los indios, el movible campo ibérico trasmontó de nuevo la cordillera hacia el Occidente, y fué á poner los fundamentos de la ciudad de Antioquia, que durante muchos años debía de florecer ventajosamente y brillar como metrópoli de la tierra conquistada.

Por una causa difícil de explicar, si se atiende á la febril actividad de aquella época y al ansia de fundar nuevas poblaciones, el país de Aburrá quedó casi abandonado hasta el año de 1675, es decir, 134 años después de la venida de sus descubridores.

Pequeñas labranzas de gentes pobres, algunas posesiones pertenecientes á ricos propietarios antioqueños, unas cuantas heredades de colonos recién llegados, pocas humildes y casi solitarias ermitas en que de vez en cuando se celebraba el oficio divino, y todo eso en medio de la floresta virgen, era el cuadro que presentaba el país á mediados del siglo XVII. Sí; porque al tiempo del descubrimiento, si debo creer las leyendas, el sitio mismo en que descansa esta tribuna desde la cual tengo el honor de hablaros, á la sombra de una catedral católica, en que oimos resonar hoy los cánticos de alabanza y adoración dirigidos al Dios de los ejércitos, era quizás una pequeña abertura, en que las serpientes venían á enroscar sus cuerpos, para secar sus escamas al tibio abrigo de nuestro luciente sol; quizás el antro profundo, en que el oso ó la danta, el leopardo ó el tigre habían establecido su cubil, ó quizás el cimientto en que un viejo cedro había encajado las raíces de su tronco y sobre cuyo frondoso copo, manadas de monos, acróbatas de la enramada, se mecían caprichosamente con veleidaosas evoluciones, ó en que las aves tropicales entonaban la música admirable de trinos y gorjeos.

En el año de 1671, el valle de Medellín considerado desde Caldas hasta Barbosa y de cordillera á cordillera, tenía sólo doscientos ochenta dueños de casas y 3.000 habitantes. Eso era, sin

embargo, suficiente para que los vecinos reclamaran de la **madre patria**, la fundación de una villa que sirviera de centro á la población. La vieja y venerable ciudad de Antioquia, guiada, sin duda, por un certero instinto que le hacía comprender que las ventajas naturales de este valle sobre las suyas propias, redundarían andando los tiempos en menoscabo de su importancia, se opuso tenazmente á la fundación de un pueblo sobre las márgenes del Porce.

Doña María Ana de Austria, por muerte del rey don Felipe IV, con un consejo de Regencia, manejaba á la sazón los destinos de la monarquía española. A aquella altísima señora dirigieron los vecinos de este valle, una humilde petición á fin de que expidiera una real cédula con el sentido de sus deseos; petición hecha después de haber agotado infinitos esfuerzos en la audiencia de Santa Fe de Bogotá; con resultados desfavorables.

Después de muchas vacilaciones, se expidió por la Regencia la cédula de fundación, y como por entonces don Francisco Portocarrero y Luna, conde de Medellín en Extremadura, fuese Presidente del Consejo, para honrar su nombre y el nombre del lugar de su nacimiento, se dispuso que la nueva población llevara en adelante el nombre de villa de Medellín.

Promulgada la Real Cédula por el Goberna-

don Miguel de Aguinaga, y cumplidas convenientemente todas las fórmulas del caso, á la antigua usanza española, quedó definitivamente erigida la villa, en el año y día ya mencionados.

Concurrieron con diferentes títulos, pero con empeño verdaderamente patriótico y entusiasta, á solemnizar y autorizar aquella ceremonia, Pedro de Celada Vélez, Juan Jaramillo de Andrade, Pedro Gutiérrez Colmeneros, Antonio Atehortúa de Osa, Alonso López de Restrepo, Luis Gómez, Marcos López de Restrepo y Félix Angel del Prado. A esos progenitores nuestros, la ciudad agradecida debe en este día solemne, tributar un profundo homenaje de respeto y de veneración. Y no deberá ser menor su reconocimiento filial, por la memoria esclarecida de los egregios varones, que el pensamiento hace desfilar como una falange sacrosanta, por el ancho y prolongado panteón formado al traves de dos siglos, y que vinieron con los primeros, ó los siguieron luego en la tarea de hacer ilustre y grande una asociación humana, de la cual somos hoy nosotros los representantes legítimos.

Establecidos los fundamentos del lugar, la operación subsiguiente consistía, como puede fácilmente comprenderse, en dar empuje á sus adelantos, desarrollo natural á su existencia y creación á nuevos elementos, que lo hicieran con el tiempo próspero y feliz. Este empeño era verda-

deramente noble; pero mil obstáculos, casi invencibles por su carácter, se opusieron desde el principio á que se le diera cima con fortuna y lucimiento.

La posición topográfica de Medellín fué siempre tan contraria á su avance y á su progreso, que sin la incontrastable voluntad de sus hijos, ésta no tendría hoy ni importancia ni significación algunas. Aislada en medio de las breñas que la rodean por todas partes; sin caminos, sin ríos navegables y lejos de todos los senderos que le permitieran libre comunicación con otros pueblos y otro mundo, se encontró por muchos años sin los estímulos del comercio, sin los recursos de la industria, sin el socorro de buenas relaciones, sin el auxilio de los libros, sin las ventajas de las artes y sin el aliento poderoso de la ciencia. Sus hijos, metidos en este recinto, como el ave en el recipiente de una máquina neumática para la experimentación física, han carecido durante largos años del aire vivificante y tónico de otros países mejor favorecidos, y la luz de las ideas se extinguió en la oscuridad de nuestras selvas ántes de llegar á penetrar en el fondo de nuestros cerebros.

Empero, la rígida perseverancia de nuestra raza, el templo acerado del antiguo carácter español, movido y fortificado por la índole agreste y dura de los elementos ambientes, han conseguido á fuerza de concentración y trabajo, vencer

en parte las dificultades que se oponían á nuestra libre marcha por el sendero de la civilización. Es por eso, por lo que si no proclamamos hoy un puesto brillante entre los miembros de la grande asociación humana, podemos sí lisonjearnos de haber obtenido una honrosa aunque modesta y mediana colocación, entre los pueblos cultos de la tierra.

Lento, pero gradual y sostenido, ha sido el triunfo que hemos alcanzado en esta penosa lucha. Veamos primero la mas apartada distancia que nos separa de nuestros padres y el giro laborioso de sus tareas. Durante el período colonial, ellos vivieron la vida de letargia y de impotencia á que los redujo el sistema seguido por la Metrópoli. Careciendo de escuelas, de colegios, de Universidades y de bibliotecas, su pensamiento debió permanecer estacionario y sumido en la más profunda ignorancia. Tenían, no obstante, algo que podía servir de base para dar energía á sus facultades, para consolidar la integridad de la familia y para mantener intacto el sentimiento moral: tenían las tradiciones y dogmas del Evangelio y las creencias puras del Cristianismo.

Existencia patriarcal, casi tan perfecta como en los tiempos de David, nos presenta la historia de este pueblo en su época primitiva. Los hombres presidían en el hogar doméstico, como Jacob presidía sobre su tribu durante el tiempo de su

existencia bíblica, y en las faenas caseras como en todo lo demás, la mujer era pura y santa como Rebeca. Es por eso también, por lo que si no alcanzamos á divisar en aquel lejano horizonte, el cortejo lucido de la inteligencia desenvuelta, sí alcanzamos á contemplar un conjunto de costumbres tan limpias y sencillas, que con razón han logrado el honor de ser citadas como ejemplo tradicional. Nuestros abuelos comían y hacían comer á sus hijos la salsa negra de los espartanos, con la esperanza de legarles un día, el derecho perfecto de sentarse con lucimiento en los banquetes de Atenas.

Al presente, el círculo de nuestros recursos se extiende en diversos sentidos. Esta festividad que no será repetida sino 100 años después de este, tiene por objeto primordial levantar el ánimo de las generaciones venideras, para que puedan registrar en lo futuro, mejores condiciones sociales y mas consoladores adelantos. Nosotros ofrecemos hoy á Medellín, como obsequio de cumpleaños, la instalación de una sala de Maternidad, cuya primera piedra ha sido colocada por el Jefe de nuestro Gobierno civil y político y por nuestro virtuoso Prelado diocesano; el establecimiento de una casa de caridad para los enajenados de la razón; la base de una catedral católica que con el tiempo será monumental, y la plausible noticia de haber sido colocados algunos rieles para el cami-

no de hierro, que deberá traernos inmensos beneficios.

En los últimos cinco años del siglo XVIII, Medellín tenía como único establecimiento de educación, una mala escuela de primeras letras, doscientas cuarenta y dos casas de teja y de paja, seis iglesias y veintinueve balcones. La provincia toda, al principiar nuestra guerra de independencia, contaba 80.000 habitantes, de los cuales á lo mas, tocarían á la ciudad 5.000. La estadística de aquellos tiempos nos revela pormenores en todos sus ramos, en completo acuerdo con tan precaria manera de existir. Comparemos, pues, ese atraso lamentable con nuestra relativamente próspera situación presente, y convengamos en que la diferencia da un resultado admirable de ventura, fenómeno lógico, debido en gran parte á la acción de dos fuerzas nuevas: la independencia y la libertad.

Pero ¿qué es esta ciudad, se dirá por algunos, que se tiene el aire de hacer aparecer en este momento como importante y valiosa? Medellín no es ciertamente, responderé yo, una ciudad populosa como Teherán la de Oriente, ni opulenta como Tiro, ni comercial como Alejandría, ni culta como Atenas, ni sábia como París, ni monumental como Roma, ni rica como Londres, ni gloriosa como Berlín, ni espléndida como Nueva York; pero en cambio es la ciudad adolescente y hermo-

sa de estas regiones, y vista por su aspecto físico, es la ciudad blanca de los Andes, la ciudad pulcra de América, la ciudad bella de Colombia, la ciudad risueña de Antioquia, que extendida muellemente sobre la pintoresca planicie de Aburrá, fecundizada por su río, refrescada por sus torrentes, sombreada por sus árboles y aromatizada por sus flores, contesta graciosamente y con donaire, el saludo de atención que le dirigen los viajeros, desde las altas cumbres de sus montañas, cuando vienen á visitarla.

Y Medellín es, por su lado moral, la ciudad de las fuertes creencias, del trabajo infatigable, de la industria sostenida, de la profunda fe y de las virtudes más propias para hacer ver por el lado honroso la faz augusta de la humanidad.

Y Medellín, por su lado político, tiene un Gobierno organizado de acuerdo con sus necesidades, ciudadanos que conocen sus deberes y sus derechos, y un pueblo que profesa amor inquebrantable á la libertad y que anda tranquilo y sereno buscando mejores días para el porvenir.

Y Medellín, desde el punto de vista social, tiene una Escuela para las Artes, numerosos planteles para la educación elemental, Colegios y Universidad para la instrucción de profesores, un clero respetable, un Cuerpo médico ilustrado y humanitario, hábiles jurisconsultos, ingenieros civi-

les, artesanos honrados é inteligentes, mineros que la enriquecen, comerciantes que la honran, asilos de beneficencia y caridad, telégrafo eléctrico para su correspondencia, biblioteca para su instrucción, habitantes robustos y dóciles, ideas sanas, moderación de carácter y laboriosidad proverbial.

Y Medellín, en cuanto á comodidades para la vida, tiene edificios capaces, ornamentación regular, sólidos puentes, aseadas calles, paseos deliciosos, alimentación frugal, sana y abundante, aguas exquisitas, baños imponderables, lindísimos campos, aire purísimo, atmósfera clara, cielo espléndido y tantas ventajas, en fin, que yo prolongaría hasta el fastidio su enumeración, si quisiera ponerlas de manifiesto, para explicar por ese medio, la causa del tierno amor que todos nosotros dedicamos á esta ciudad privilegiada.

Hay algo entre nosotros, señores, tan altamente recomendable, y si me atrevo á decir, tan brillante y excelso para nuestra sociedad, que yo me consideraría culpable si lo pasara en silencio. Estoy casi cierto de que habeis adivinado que pretendo hablaros de la mujer antioqueña. En efecto, el nobilísimo carácter que ella desenvuelve y ostenta en nuestra corporación ciudadana, sería suficiente por sí solo para inundar de luz, cualquier cuadro sombrío y tenebroso, que la malevolencia pretendiera hacer de esta ciudad, ó para

derramar un bálsamo de consuelo y de esperanza sobre cualquiera pena y sufrimiento traídos por nuestra situación, aún poco segura y todavía vacilante. Dedicada al cuidado de la familia y á la práctica de la caridad, ella se encuentra forzosamente en un bellissimo campo de acción, sin que haya dolor que no alivie, pena que no mitigue, miseria que no socorra, necesidad que no satisfaga, aspiración que no llene, lágrima que no seque y deseo legítimo que no alante. Dar al menesteroso y al enfermo, ha sido tarea de todos los tiempos y de todos los lugares; pero darse cuerpo y alma al consuelo y amparo de los afligidos, es asunto nuevo casi, que nos ha venido de San Juan de Dios, del filántropo abate L'Epée y de San Vicente de Paul, de cuyo espíritu están ricas hasta la opulencia nuestras respetables matronas. Por mi parte, no conozco nada más elevado y sublime. que el alma de una mujer en el ejercicio santo de la caridad cristiana.

Quisiera tener en este instante las virtudes de Sócrates, la elocuencia de Demóstenes, la concisión de Tácito ó la vehemencia de Focion, para poder terminar este discurso de una manera digna y como cumple á todos vosotros. Sí, señores, á todos vosotros, y muy especialmente á la juventud de Medellín.

Jóvenes amigos! La Corporación municipal y la comisión que me han nombrado para que las

represente en este día, creyeron sin duda, que los años y las canas dan derecho para hablar de los tiempos que fueron, y por eso se fijaron en mí.

Yo he formado en vuestras filas durante algunos años; pero por mi edad he debido abandonarlas. Vuelvo en este momento a daros mis últimos adios. Representantes de la fuerza: tenéis en vuestra manos y en vuestras cabezas los recursos que pueden completar la felicidad de nuestra patria. Conservad enteras la fe y las creencias de nuestros mayores, sin el fantismo que envilece y sin la incredulidad que mata; rendid culto religioso a la libertad y servid sinceramente la República; a la república que ha sido la aspiración de esta generación próxima a abandonaros. Os legamos esta amadísima ciudad que hemos recibido pura de las manos amorosas de nuestros padres. Quedáis en el deber de cuidarla, civilizarla, enriquecerla y elevarla con vuestras virtudes. De no hacerlo, seréis responsables ante la Majestad inmensa de Dios y ante el fallo inexorable de la Posteridad.

Nota del Editor. Antioquia y Medellín cien años después.

Hace 99 años pronunció el Dr. Uribe Angel ese discurso y entre los actos realizados entonces sobresalen: colocación de la primera piedra para la Catedral Basílica Metropolitana, que ocupa el primer lugar hoy, entre las construídas en ladrillo cocido (le sigue la de Santa María de Munich), en todo el mundo; la colocación de rieles o sea la iniciación del Ferrocarril de Antioquia que marcó una era completamente nueva en el desarrollo o progreso del departamento. Todos los historiadores están acordes en afirmar que este fue un medio para cambiar la faz del departamento. La agricultura, el comercio, la ganadería, la minería, el cultivo del café en grande escala, el adelanto científico en el estudio y tratamiento de numerosas enfermedades; la legislación laboral colombiana, con grandes conquistas para el obrero, tuvieron base o principio de perfeccionamiento en la obra magna del pueblo Antioqueño: su Ferrocarril. Además la ingeniería pudo realizar adelantos definitivos que abrieron muchos años después el camino a la "ERA DE LAS CARRETERAS" en que nos encontramos y que ha comunicado ya a Antioquia con todo el resto del país y con los países vecinos. Si el Dr. Uribe Angel resucitara, vería con asombro inmenso el cambio inmenso en este Valle del Aburrá. El censo del pasado mes de abril (1974) dió un millón dieciocho mil habitantes para Medellín Municipio y casi dos millones para el Medellín Metropolitano que incluye los 10 Municipios de todo el estrecho valle del Aburrá ya casi unidos entre sí con perfecta continuidad.

El nivel educativo del territorio de este Valle ha aumentado en forma sorprendente pues el porcentaje de analfabetos alcanza al 10%, con casos como el de Envigado la patria del Uribe Angel que junto con El Santuario ocupan el más bajo nivel de analfabetismo en Colombia, con apenas el 4%. Este territorio, que tan bellamente describe el Dr. Uribe Angel ocupa hoy en el país puesto entre los sectores más desarrollados con una industria poderosa, diversificada y que abastece a toda Colombia de ciertas materias fabricadas e inclusive exporta a diversos países.

Medellín es sede de las siguientes Universidades: la de Antioquia con un poco más de 12.000 alumnos; la Nacional con cerca de 3.000; la Bolívariana con más de 5.000; la de Medellín, con 2.500; la Autónoma con 1.500 y la de San Buenaventura, de reciente fundación, con cerca de 500. La mayoría de los Mu-

niños del Valle del Aburrá ha electrificado sus propios campos y ya el ciclo de 5 años de Primaria ha entrado a casi todas las veredas rurales. La Iglesia católica cuenta con más de 136 Parroquias en este solo sector y con un poco más de 700 sacerdotes entre diocesanos, religiosos y extradiocesanos. Han entrado a luchar por el aspecto religioso y de promoción humana un poco más de 80 comunidades religiosas femeninas y 28 masculinas, en los últimos diez años que han fundado sus noviciados y casas de formación y han ido a organizar casas especiales en barrios pobres. Esto es digno de destacarse: mientras en Francia se cerraron 105 noviciados en los años anteriores, en Medellín y poblaciones vecinas se fundaron otros tantos. Medellín tiene instaladas 145.000 líneas telefónicas; el avalúo catastral está hoy en los 18.000 millones y la población de la ciudad crece a un ritmo de 6% anual lo que permite duplicarse cada doce o trece años. El Crédito Territorial ha hecho esfuerzos grandes durante el Gobierno del Dr. Misael Pastrana para darle casa a la gente auténticamente pobre. Por razones especiales, el Crédito no daba casas sino a profesionales recién egresados, a empleados de buenos sueldos, a profesores y maestros. Pero en estos cuatro años, por fin dejó de favorecer a los ya ampliamente favorecidos por la suerte y por el Estado, al darles educación casi gratuita y resolvió favorecer a los que nada han tenido, sino pobreza. De ahí que se haya podido afirmar que la Universidad Colombiana, como la de la mayoría del mundo es fábrica de "burgueses" y en veces, de "explotadores del pobre" y favorecedores del enemigo del pobre (estafadores, agiotistas, contrabandistas, negociantes inmorales, pequeños industriales abusivos con la mujer obrera, como el caso de las confecciones actualmente, casas de ingenieros y arquitectos subcontratistas, etc.). Cerca de 16.000 casas para auténticos pobres se han estado terminando en la ciudad. El Municipio, con amplio sentido humano llevó a un poco más de 45.000 viviendas populares los servicios de agua, alcantarillado, energía y teléfonos, en una realización en favor de las clases marginadas. Actualmente hay instalados en Antioquia 730.000 kilovatios en energía eléctrica que se elevarán dentro de poco al millón.

Todo se está transformando a un ritmo desconcertante en su rapidez. Un siglo después, Medellín celebrará el año entrante tres siglos de haber sido erigido en Villa y se encuentra como todo el género humano en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados. Es una verdadera metamorfosis social y cultural que ha redundado en la

misma vida religiosa. Tanto que son numerosos los sacerdotes que, ante los tremendos problemas económicos y sociales, afirman, con incontables sociólogos del mundo que ya la tecnocracia capitalista y la democracia capitalista y parlamentaria deben aceptar que tuvieron su época y deben ceder el paso a nuevos sistemas porque han demostrado hasta la evidencia que son incapaces de realizar la verdadera justicia, al ahondar cada día más las diferencias entre las diversas clases sociales y concentrar en muy pocas manos los grandes ingresos.

El descrédito creciente y sintomático del Parlamento Colombiano, con grandes sueldos, sin tener que pagar impuestos, disponer de privilegios incontables y sólo trabajar 20 semanas al año, pero de tres meros días de trabajo, ya que se convirtió en costumbre que durante esos cinco meses de reunión y por lo tanto de trabajo, sesionan únicamente los días martes, miércoles y jueves, ha hecho pensar en reformas radicales.

Las Casas de balcón que había hace un siglo ya son edificios de 30 y 40 pisos; las calles estrechas se han convertido en avenidas y autopistas admirables; los pocos templos que había son hoy más de 200; las casas de campo para los ricos se han convertido en palacios donde descansan frente a una naturaleza domesticada y preciosa los privilegiados del dinero. Claro está que es preciso decir que todos los males de la civilización han entrado ya. No hay crimen que no se haya industrializado: la obsesión sexual del mundo actual dominado por los mitos del hedonismo, ha traído también aquí la sexolatría, disolvente de las sociedades. Terminó esta nota preguntándome: qué escribirá el historiador del año 2075? Qué éverán sus ojos en el valle actual del Oriente Antioqueño, donde nace y comienza a crecer una gran ciudad satélite de Medellín?

¿Qué escribirán, en el año 2.004 al llegar La Academia a su siglo de existencia?

Será verdad que la civilización actual entró ya en decadencia porque mientras las ciencias experimentales y la técnica avanzan vertiginosamente, al mismo ritmo, aparatosamente se derrumba por la falta de moral y de espiritualidad.

BIBLIOTECA

Universidad EAFIT



100087503

COLECCION "ACADEMIA ANTIOQUEÑA
DE HISTORIA"

- 1 - Fray Ignacio Mariño O.P., Capellán General del Ejército Libertador
Por Roberto M. Tisnés, cmf.
- 2 - Bolívar y Córdoba
Por Humberto Bronx
- 3 - El Arzobispo Juan Manuel González Arbeláez
Por Humberto Bronx
- 4 - Veinte años de novela colombiana
Por Humberto Bronx
- 5 - Resumen histórico de la Arquidiócesis de Medellín
Por Jesús Mejía E.
- 6 - Francisco Antonio Zea y selección de sus escritos
Por Humberto Bronx
- 7 - Cuatro escritores antioqueños
Por Carlos E. Mesa, cmf.
- 8 - Almanaque histórico de Antioquia
Por José Solís Moncada
- 9 - Un antioqueño héroe del Bárbula
Por Roberto M. Tisnés, cmf.
- 10 - Antonio Gómez Restrepo y otros ensayos
Por Humberto Bronx
- 11 - Guillermo Valencia. Discursos y páginas históricas
Por Humberto Bronx
- 12 - Anotaciones históricas
Por Mons. Diego María Gómez
- 13 - Perfiles de la Patria
Por Javier Gutiérrez Villegas
- 14 - Discursos Académicos
Por Juan Botero Restrepo
- 15 - Obispos antioqueños
Por Jesús Mejía E.
- 16 - Las Casas de Bolívar
- 17 - Sangre Irlandesa en Antioquia
Por Aquiles Echeverri M.
- 18 - Gregorio Gutiérrez González
- 19 - El pueblo antioqueño
- 20 - Religión y religiosidad en Antioquia
- 21 - Epifanio Mejía y algo de Literatura antioqueña
- 22 - Luis López de Mesa
- 23 - Baldomero Sanín Cano
- 24 - Porfirio Barba Jacob
- 25 - León de Greiff
- 26 - Discursos y Páginas Históricas
Por Dr. Manuel Uribe Angel

UNIVERSIDAD
EAFIT



Abierta al mundo
Biblioteca Colección